

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

RIENZI

EL TRIBUNO,

DRAMA TRÁGICO

EN DOS ACTOS Y EPÍLOGO,

ORIGINAL Y EN NEBSO DE

DOÑA ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

MADRID. SEVILLA, 14, PRINCIPAL. 1876.

AUMENTO à la Adicion al Catalogo de esta Galeria de 1.º de Octubre de 1875.

TITULOS.

Actus.

AUTORES.

Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

10	4 A la puerta de la iglesia	1	D. Ricardo de la Vega	Todo.
11	» Aprobados y suspensos	1	Vital Aza))
2	2 Ayudar á caer—c. a. p	1	E. Sanchez Castilla	>9
3	2 Basta de suegros—e. o. p	1	Eduardo Lustonó))
3	2 .Contra indiferencia, celos	1	F. Saez de Melgar))
	Don Celedonio	1	Sres. Retes y Carrillo	>>
	Doña Juana Tenorio, parodia	1	D. R. María Liern	>>
4	Dudas y sombras—c. a. v	1	E. Navarro Gonzalvo.	>>
3	3 El archivista—c. o. v	1	J. Velazquez y Schez.))
í	3 La dama blanca—c. o. v	1	J. Velazquez y Schez.))
	La esencia del hambre	1	R. María Liern	»
	La gacetilla del año, revista	ł	M. Pina Do m ing u ez	¥
ti	4 La primera reunion—j. o. v	1	E. Navarro Gonzalvo.	•
8	5 a. Los baños del Manzanares	i	Ricardo de la Vega))
	1 Los pretendientes	1	Emilio Alvarez	"
4	2 Mi sobrino—j. o. p	1	Salvador Lastra	39
2	2 Pedro Jimenez	1	Enrique G. Bedmar	"
ă	2 Quien lo hereda no lo hurta	1	Baron de Cortés))
	Un alcalde aragonés—c. o. v	1	Manuel Cuartero	"
	Una alumna de Baco	1	R. Maria Liern	»
	Un thé dansant	1	César Bassols	v
12	8 a. Ecos de Noche-buena	2	Sres. Caballero y Ortiz))
	La capa no sempre tapa	2	N. N	Xi
6	2 La careta verde	-2	M. Ramos Carrion	¥
7	4 La familia Pesadilla—c. a. p	2	Sres. Lastra y Vinajeras.	W
3	2 La jaula de oro	2	Ricardo Soláns	W
4	3 La mamá política	2	M. Ramos Carrion))
õ	3 Arda Troya!—j. o. v	3	M. Pina Dominguez))
	Bernardo del Carpio	3	Francisco Macarro))
ŧį	4 El coronel D. Pablo—c. o. v	3	F. Canton Delgado	>
	El parecido en la Córte, refun-			
	dicion	3	Ricardo Caballero	»
1	3 El sí de las niñas—c. o. p	3	L. F. de Moratin	Ejemps.
7	1 La Fornarina	3	Sres. Retes y Echevarría.	Todo.
5	3 a. La herencia de un rey-d. o.v.	3	SS. Santivañes y Cuenca.	V
5	2 a. La luz del rayo-d. o. v	3	J. Velitla Rodriguez.))
3	2 Las cerezas	3	D. M. Pina Dominguez))
	Rienzi el Tribuno	3	D. R. de Acuña y Villan.))
7	2 Una boda en palecio	3		
	** 1 12 4 4		vañes	
	Un alcalde justiciero	3	Francisco Macarro))
	La mágia nueva, <i>mágia</i>	4	Sres. R. Carrion y Coello.	»

RIENZ! EL TRIBUNO.



RIENZI EL TRIBUNO,

DRAMA TRÁGICO

EN DOS ACTOS Y EPÍLOGO.

OBIGINAL Y EN VERSO DE

DOÑA ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

 $S_{\rm Cl}$ resentado con extraordinario éxito por primera vez en el Teatro del CIRCO el 12 de Ene 0 o de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.

ACTORES.

NICOLÁS RIENZI, último tribuno de	
Roma	D. RAFAEL CALVO.
MARÍA, esposa de Rienzi	D. BLISA BOLDUN.
PEDRO COLONNA, señor feudal	D. LEOPOLDO VALENTIN
JUANA, antigua sierva de los Colon-	
nas	D. a Concepcion Marin
UN PAJE	SRTA. GARRIDO.
UN CAPITAN	SR. CAPILLA.
Damas, pajes, heraldos, escuderos y pu	ieblo.

La accion pasa en Roma en el siglo XIV, en los años 1547 y 1554, en el palacio del Capitolio.

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La antora se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargades de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A MI PADRE.

En el templo de la historia hallé la perdida calma; si Rienzi logra victoria, para mí la paz del alma, para tí, padre, la gloria.

ROSARIO.

¡Pueblo, nobleza, ¡oh Dios! delirios vano
que empeceis esa bucha fratricida!
Pueblan el mundo siervos y tiranos.
mientras no se confundan como hermanos
jamás la ley de Dios será cumplida.
La nobleza ignorante, el pueblo imbécil;
cuanta sangre vertais, toda perdida!
¡Faltan ciencia y virtudl aún está lejo»
la redoncion completa de la vida!
• • • • • • • • • • • • • • • • • • • •
(Acto II, Escena IV.)

ACTO PRIMERO.

Sala del Capitolio. — Á la derecha del espectador dos puertas que figura comunican con las habitaciones de Rienzi y de su esposa: á la izquierda una ventana en primer término y en segundo una puerta: gran puerta en el fondo, mesa y sitial à la izquierda: muebles de la época: dos tapices flotantes en los dos lienzos del fondo. Un libro sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, en el sitial junto á la mesa, con una carta en la mano; JUANA, à su lado, sentada en un taburete y haciendo una labor: á media escena empieza el anochecer.

MARIA.

Despacio las leí y aún no concibo lo que dicen las líneas de esta carta. Unas veces paréceme que sueño, otras las miro como horrible trama, sin que pueda el turbado pensamiento descubrir su intencion ni adivinarla; y luégo,... ¿por qué medio, de qué modo pudo llegar hasta mi propia estancia? (Leyendo.)

«Los barones de Orsini y de Colonna »y otros nobles de estirpe ménos clara, »con vuestro esposo Rienzi reunidos,

ela paz ajustarán en vuestra casa; »del juramento que en solemne fiesta »al gran Tribuno prestarán mañana, »se ha de tratar en este conciliábulo; »pero si en él las bases se preparan, mientras solemnemente no se juren, »la cabeza de Rienzi amenazada »ha de vivir: tan sólo una persona »con firme voluntad puede salvarla, »porque acaso el citado juramento »no se llegue á prestar si alguno falta; »para que esto se evite es necesario oconsintais recibir en vuestra estancia. »en esta misma noche, estando sola y al terminar el toque de las ánimas, ȇ quien puede deciros claramente »el modo de alejar desdicha tanta: ȇ más, grandes secretos de familia »podreis saber, y acaso vuestra raza ȇ Rienzi logre darle una corona »cual su ambicion jamás pudo soñarla: »pensadlo bien, mañana tarde fuera. »Si aceptais, colocad en la ventana »una luz y despues esperad sola »la salvacion de Rienzi ó su desgracia, »aquesto dice quien blasones tiene; »no lo olvideis, puesto que sois romana » (Dejando de leer.-Empieza á anochecer.) Sin firma y con la fecha de hoy. ¡Dios mio! qué otra nueva tormenta se prepara! Es una carta de intencion profunda y en estilo de nobles redactada. (Sin hacer caso de Juana y como hablando sela.) ¿Es verdad ó es mentira lo que leo? y si es verdad, ¿acaso hago yo faita? Rienzi es mi esposo fiel, mi buen amigo. mando en su corazon, mas no en su alma;

 $J \in \mathcal{C} \setminus V V$

MARIA.

¿por qué de mí se valen para un caso en que mi voluntad no puede nada? (Dirigiéndose & Juana.) Juana, si me escuchaste, qué respondes? (Con resolucion y casi en sentido de reproche.) Eres mujer de Rienzi, eres romana; zacaso abrigarás dentro del pecho ese fantasma ruin que miedo llaman? (Se levanta colocándose junto á la mesa.)

MARIA.

JULYA.

Tienes razon, y á fe que fuera mengua esconder el temor dentro del alma, pues sólo teme la mujer amante perder el corazon del ser que ama. ¿Qué puede sucederme? mis recuerdos velozmente se pierden en mi infancia y me siento valiente en el peligro, que siempre ví con la serena calma del que alzando hasta Dios su pensamiento fija en otra region sus esperanzas. (Se levanta.) Veremos si esta cita encierra un lazo ó noblemente se dictó la carta.

ESCENA II.

LAS MISMAS y DOS PAJES, con luces.

MARIA.

De noche ya; qué breve pasa el tiempo. (Dirigiéndose à un Paje.) Y el Tribuno?

PAJE. MARIA. PAJE.

Con los nobles, señora, en la gran sala. ¿Y viste en la ciudad preparativos? Toda Roma despierta y se engalana; y ¿cómo no? si el pueblo conmovido ante la nueva luz que se levanta, contempla un porvenir de paz y gloria ique siempre lejos vió por su desgracia! (Interrumpiéndole.)

JUANA.

¡El pueblo! niño grande y consentido

MARIA

que se olvida de ayer viendo el mañana! (Á Juana.) Paréceme que sobra lo que dices. (A los Pajes.) Idos vosotros. (Se van.) (Á Juana.) Ven y atiende, Juana.

ESCENA III.

MARÍA y JUANA.

MARIA.

Sabes muy bien que siempre te he querido; servidora leal te ballé en mi casa. Tú has sido para mí más que nodriza, amiga, compañera, casi hermana; pero si bien te di pruebas seguidas de ilimitada y ciega confianza, no puedo consentir que en mi presencia á los hechos de Rienzi pongas tacha; y el que escarnece al pueblo á Rienzi ofende, que es amigo del pueblo que lo aclama. No me comprendes, no; triste es decirlo!

JUANA.

La intencion que demuestran mis palabras es que ese pueblo que al Tribuno adora, es indigno de Rienzi y de su alma.

MARIA JUANA

(Con ironía.) ¿Desde cuándo enemiga de la plebe? Sabes, María, que nací africana, y que al Egipto que me vió en la cuna le debo antiguo nombre, ilustre raza, y aunque sierva por culpa de la suerte, siempre miré de lejos la canalla. En las grandes llanuras del desierto, dó pasaron los dias de mi infancia, á mi padre escuché sencilla historia que al hablarle del pueblo relataba. ¿Quieres saberla?

MARIA

Sí.

Un gran liberto,

JUANA.

tenía una pantera encarcelada

y en ratos de placer se entretenía con un hierro candente en azuzarla; y aunque para gozar con su tormento en la prision á veces penetraba, sin corbas uñas la rugiente fiera y en cadenas de bronce aprisionada, aunque los aires con su voz hendía jamás á su verdugo maltrataba; y aún hizo más; cuando de carne hambrienta la miraba de lejos en su jaula, fijando en su tirano dulces ojos, llegó á pedirla con caricias mansas... Vió á la fiera un esclavo y compasivo, quiso de sus martirios libertarla, rompió sus hierros y á ignorada cueva la llevó; sus cadenas quebrantadas logró cortar un dia, pero entónces la pantera á su pecho se avalanza, y ántes de que pensara defenderse arrancóle la vida con sus garras.

Maria.

(Sin comprender la intencion de la historia.)
Y bien ; pero y el pueblo?...

JUANA

El pueblo es fiera

que se debe tener encarcelada.

MARIA

(Con tristeza y casi como un reproche.)
¡Y sin embargo, Juana, soy del pueblo!
(Variando de tono.) Tú lo sabes, mi padre trabajaba.
y aunque libre, jamás pudo elevarse.

JUANA.

Tu padre fué del pueblo ¿y eso basta para probar que tú del pueblo seas?

MABIA.

(Con asembre.)

.

¡Intentas que reniegue de mi raza!

JUNA (Interrumpiéndola.)

Esta noche recibe á quien te cita y vuelve á preguntármelo mañana.

MARIA.

(Con vehemencia y queriendo comprender la intencion de Juana.)

¿Qué significa lo que dices?

[UANA. (Como si no la hubiese oido, dirigiéndose à la ventana.)

que la noche tranquila se adelanta y que Rienzi saliendo del consejo te vendrá á ver; creyendo no le agrada hallarte en compañía, me retiro,

Juzgo

si el permiso me das.

Maria. (Con enojo.) Véte, que basta de escuchar un lenguaje tan oscuro

como el que tienes, por mi daño, Juana.

JUANA. Mi corazon es grande para amarte

aunque á veces le faltan las palabras. (Se va.)

ESCENA IV.

MARÍA, que al marcharse JUANA toma otra vez la carta y se sienta junto á la mesa.

MARIA. (Despues de recorrer con los ojos la carta.)
(Levendo.) Y á más, grandes secretos podreis saber.

(Dejando de leer, y como si pensara en alta voz.)

Edades del pasado, recuerdos de mi vida,

si en el fondo del alma habeis dejado

alguna luz prendida,

agitadla, y acaso en la memoria

su estela refulgente

ilumine las sombras de mi historia.

(Pausa de algunos segundos, durante los cuales recorre otra vez la carta sin dejar de mirarla.)

¡Noble de raza yo! ¡vana quimera!

(Deja de mirar la carta. Este período ha de recitarlo come

si fuera poco à poco recordando su vida.)

En mi infancia primera

escuché de mis padres los consejos,

que cansados y viejos,

en mí cifraban su ilusion postrera.

Sencillos campesinos, humildes en el nombre y la nunca pudieron rodear mi cuna ffortuna. con blasones ilustres de nobleza. qué fueron sus diademas en el mundo las canas que adornaban su cabeza! Despues me abandonaron por otro reino de mayor grandeza. (Pausa.) Hay acaso en mi vida algun momento que ignorado y oscuro levante el pensamiento á la vaga region de lo inseguro? (Pausa.) (1) *No por cierto, que en paz y en alegría °un dia y otro dia "mi juventud pasaba. *;mi juventud dichosa! *como el ave que canta en primavera *jugando entre las flores revoltosa. (Vuelve á tomar la carta y á recorrerla rápidamente con una mirada. Refiriéndose á la carta.) Y sin embargo, de mi nombre trata... (Se levanta con movimiento rápido, dejando la carta sobre la mesa.) Dejemos de pensar en tal delirio! (Mira á la puerta del fondo.) Rienzi tarda, ¡Dios mio, qué martirio! (Pausa.) ¡Qué arcano encierra el corazon del hombre, que el amor no le basta v por buscar un nombre en pasiones y en luchas se desgasta! *¡Nicolás Rienzi, genio poderoso, *cuya alma engrandecida *salvando las esferas de la vida. *se levanta y se eleva

⁽¹⁾ Véase la nota que hay al final del drama.

*á buscar la verdad en alto origen, *en titánica prueba 'arrostra los delirios de la suerte 'y acaso (¡de pensarlo me horrorizo!). *acaso juega ciego con la muerte! (Pausa.) ¡Grande es su idea, sí! digna del cielo! ¡Pero llegó á olvidar, desventurado, que sobre aqueste suelo cada siglo brillante y respetado, necesita un cadáver desgarrado? (Pausa.) :Oh! Si el amor de la mujer querida bastase á darle calma, me arrancára la vida pidiendo á Dios que le entregase el alma. (Este monologo depende completamente de la actriz. qui debe fijar cuantas palabras, pensamientos y conceptos se hallan en él. La escena que le sigue ha de ligarse rapidamente á la terminación de dicho monolog ...)

ESCENA V.

RIENZI, precedido de dos pajes con hachas encendidas MARIA, al escuelar á los pajes de otros salones que le anuncian, se dirige rápida hacia la puerta. Los pajes, así que pasa Rienzi se van.

UNA VOZ. (Dentro.) El gran Tribuno Rienzi.

RIENZI. (Entrando y abrazando á Maria.) Esposa mia!

Maria. En esa frente, amada con delirio, hay nubes de pesar 6 de alegría?

Rienzi. Aunque en ella estuviese el mundo entero.

el mundo al contemplarte olvidaría.

MARIA. (Oh Nicolás! mi amor no es el primero. Sólo amaré una vez; oye, María.

(Se sienta. María repara en la carta y la toma guardan-

dosela con disimulo.)

Si el alma soñadora

se encuentra de lo grande enamorada,

no supongas jamás que es su destino secar del corazon la rica fuente, cuyo orígen divino le dice al hombre, piensa, pero siente. ¡Qué te importa que en éxtasis profundo abarque el pensamiento la vida, Dios, la eternidad y el mundo. si en el bello raudal del sentimiento vives idolatrada, como en búcaro de oro la nítida azucena perfumada! No me importára, no, si el alma mia

MARIA.

No me importára, no, si el alma mis viese el triunfo á tu lado.

Kienzi.

Lo dudas tú? (Conenergia.) Yo nunca lo he dudado. Al escucharte el alma se enaltece

MARIA.

Háblame del consejo; qué ha pasado?

RIENZI.

¡Ah María! ¡Qué rudo es mi destino! ¡Cuánta fe necesita mi espíritu gigante, este espíritu mártir que se agita en un siglo gastado y vacilante.

MARIA. Bienzi. ¿Acaso se te niega el juramento?

La queja que escuchaste

no se refiere solo á tal momento.

VIARIA

Cuentame tu pesar, tu incertidumbre; el alma te comprende, tú mismo la enseñaste, y en tan vivo fulgor su lumbre prende. Sin tí qué era yo? Acaso fantástico destello,

cuyo brillo jamás se abriera paso en el mundo sublime de lo bello; sin tí, mi corazon, mi inteligencia,

en letárgico sueño dormirían y fuera mi existencia,

divina por su orígen, como perla escondida que en el fondo del mar muere perdida.

*Mi vida fué una rosa abandonada °de pétalos sencillos. *por tu genio sublime cultivada. Háblame; si tus penas pueden hallar en el amor consuelo yo romperé sus frágiles cadenas, y olvidarás la tierra por el cielo. ¡¡Ese amor, ese amor divinizado que busca el alma como orígen cierto, tu corazon le guarda inmaculado; sin ese amor, el mundo es un desierto! ¡Y me le haces sentir! mi vida entera se pierde cual fantástica quimera en la estela radiante que deja en pós tu corazon amante. Las miserables luchas one la traicion me ofrece, mi pasado de horrible sufrimiento, el hoy que me estremece v el lejano mañana que se crece en las sombras del libre pensamiento, todo entre luz confusa se pierde lentamente cuando el alma causada mira tu corazon puro y vehemente. Tus ideas, tu ser, tu inteligencia quiero guardarlas dentro de mi pecho. ¿Qué te han dicho los nobles reunidos? ¿Acaso se te niega ese derecho, que el pueblo te legó como tribuno, ó como siempre han hecho en la misma opinion no está ninguno? Para llegar al punto de esta noche de largo he de tomar toda mi historia. Tú la sabes cual yo, pero no quiero

que se borre jamás de la memoria.

RIENZI.

MARIA.

RIENZI

(Relatando.) Cuando mataron á mi pobre hermano una turba de audaces caballeros, aunque era niño, levanté la mano v á los cielos juré tomar justicia de un hecho tan villano: mi alma luchó, luchó con mi destino que me dió humilde cuna v una escasa fortuna para entrar de la vida en el camino; en la lucha vencí grandes pasiones. el estudio profundo marchitó mis primeras ilusiones v penetré en el mundo llevando el corazon hecho girones. En él tan sólo había pura una fe, cumplir con mi promesa; era muy grande si, vo lo sabía. pero el tiempo pasaba y cada vez mejor la recordaba! Estudié, trabajé, busqué un apovo y al fin subí; el pueblo soberano su Tribuno me aclama y llega el dia en que vengue la muerte de mi hermano. ¿Y tú la vengarás? (Transicion.) ¡Nunca, María! Mí promesa es impía; que aprendí á conocer en mis desvelos que el sol no brillaría si hubiera siempre nubes en los cielos; nubes son los rencores: quiero que el sol de la justicia brille como en tiempos mejores haciéndonos iguales, que todos somos hombres y mortales. Nunca veré la sangre derramada para vengar ofensas de mi vida: yo cumpliré una empresa levantada digna de un alma libre, engrandecida:

Maria. Rienzi MARIA.

quiero que Italia con su antiguo nombre y uniendo su poder, al mundo asombre. Pero no sin luchar llegará el dia en que el pueblo romano

BIENZI.

se apellide liberto y soberano. Lo sé muy bien, la raza de los nobles á ese plan gigantesco no se aviene, ella vive gozando como reina y de vida cambiar no le conviene. La firme ilustre casa de Colonna con la de Orsini en declarada guerra parece no se aterra con el aspecto que mi pueblo toma, y no quiere ceder, en cuyo caso una lucha presiento sobre Roma. La ley del buen estado que la nobleza jurará mañana en presencia del pueblo y del legado del gran papa Clemente, dominará el orgullo de esa gente; pero si se rebela v en jurar no consiente, su rebelion en forma declarada será anuncio de próxima tormenta. principio de una lucha encarnizada, titánica v sangrienta. donde el pueblo llegando al heroismo derrumbe las postreras atalayas que sirven de guarida al feudalismo. Mas si la jura, el mundo con tu nombre alzará un monumento.

MARIA

Si. María, por eso no te asombre que anhe.e el juramento; no hay gloria para el hombre

no hay gloria para ei hombre come empezar un siglo en las edades sin que la saugre humana

á torrentes vertida

RIENZI.

oscurezca los hechos de su vida.
Si juran esa ley, si en mi presencia
rinden sus armas los opuestos bandos,
si á mis edictos prestan obediencia,
el asombrado mundo
verá en ruinas los fuertes torreones,
y en la ciudad, señora de los siglos,
alfombra de los templos los pendones.
Los de Estensi, Carrara y Malatesta,
los Savelli y Orsini
esta noche ofrecieron
rendir su voluntad á mis designios
¡Lo cumplirán?

Maria. Rienzi.

No sé; despues dijeron que ó todos ó ninguno; Colonna se callaba y tengo para mí que imaginaba...

MARIA.

(Con vehemencia.)
¡Declararle la guerra al gran tribuno,
indisponerse acaso con el Papa,
que apoya tu poder, retar al pueblo
que su padre te nombra!

RIESZI.

Es noble y no me asombra. ¿Puede acaso dejar esa campiña hundiendo sus castillos, albergue de la infamia y la rapiña? Y si en ellos se angierra

MARIA.

Y si en ellos se encierra, ¿qué vas á hacer?

RIENZI.

(Levantándose.) Empezaré la guerra. Si mañana al subir al Capitolio, en mi linage oscuro vieran sólo una sombra de nobleza, nlnguno levantára la cabeza, que tengo por seguro les detiene pensar que su grandeza ante el pueblo se inclina y un hijo de ese pueblo la domina

MARIA. (Levantándose, ap.)

(Acudiré à la cita de esta noche.)

(Alto.) Y acaso el pueblo duerme contiado mientras velando tú pierdes la calma.

Rienzi. Duérmese el cuerpo mientras vela el alma.

MARIA. (Con insistencia.)

Breves horas no más ríndete al sueño.

RIENZI. (Como hablando solo y dejándoso llevar hácia sa habitacion.)

Lucharé v venceré.

Maria. (Con pasion.) Y en tu camino tranquila me verás siempre á tu lado.

mi destino será cual tu destino.

RIFNZI. (Con pasion, rodeando uno de los brazos á la cintura de María.)

¡Ángel idolatrado, vo sov lo terrenal, tú lo divino!

(Se van por la primera puerta de la derecha del espectador.)

ESCENA VI.

JUANA primero, despues PEDRO COLONNA.

Juana (Micendo à todos lados.)

Se fué con Rienzi, la señal olvida y con ella tal vez el sólo medio para decirle un dia á toda Roma que su nombre es ilustre y no del pueblo.

(Empiezan a tocar las ánimas; las campanas se oyen lejes. Juana toma una luz y la coloca en la ventana, sobre una mesa que habrá cerca de ella.—Dirigiéndose con la vista á la habitación de María.)

Mas yo velo por ti, yo que en el mundo ni hogar, ni patria, ni familia tengo, vo que te adoro como adora el alma que ha sentido el calor de los desiertos.

(Termina el toque de ánimas.)

Sabré por fin quién es el que posec de tu nombre y origen el secreto.
(Entra Colonna embozado, y al ver à Juana da un paso para retirarse.)

JUANA.

(Que le detiene con un ademan.) María ha de venir, pero es preciso que, ántes de verla, escuches un momento.

COLUNNA.

(Sin desembozarse.) Tengo que hablarla.

JUANA.

(Con energia.) Bien, conmigo ántes, y habla con ella si te place luégo; acércate, contempla este retrato (Le saca.) y deja lo demas, que pasa el tiempo.

COLONNA.

(Cediendo al tono imperioso de Juana, se acerca, se desemboza y mira el retrato.) ¡La madre de María!

JUANA.

(Con desprecio, al reconoser á Colonna.)

Te esperaba,

Pedro Colonna. ¿Sabes lo que pienso? que en tu raza no mueren los infames, y si el hermano de tu padre ha muerto, tu carta y la venida de esta noche cual sobrino te aclaman desde luégo.

COLONNA.

(Sin hacer caso de los insultos de Jaana.) Sabes entónces que María es hija...

JUANA.

De un Colonna que noble caballero supo fingirse de villana estirpe para mirar cumplidos sus deseos. (Colonna hace intencion de hablar.) No me interrumpas, porque el tiempo pasa y quiero hablarte...

COLONNA.

Lo que no comprendo es que tú sin razones ni motivo poseedora te encuentres del secreto; ¿quién eres y qué intentas al hablarme? Quien soy ya lo sabrás, mas lo que intento

JUANA.

es decirte que velo por María,

COLONNA.

JUANA

y una lágrima sola que derrame podrá costarte la cabeza, Pedro. Me asombra que te escuche con paciencia,

que no he sabido nunca lo que es miedo,

que eres sierva y á todos los desprecio. Desprécianos y acaso llegue el dia

que te mires esclavo de los siervos.

(Colonna se sienta.) Noble soy como tá; libre mi padre

un tesoro perdió y al verse deudo de la casa feudal de los Colonnas, que para negociar le concedieron mil tornesas, temiendo su venganza firmó un tratado en que los hijos, luégo que él muriese, la deuda pagarían, obligándose en caso de no hacerlo á rendirla tributo y homenaje y á acatar cual villanos su derecho... Los hijos no pagamos, ¡fué imposible! y á cambio de un puñado de dinero toda una raza ilustre fué vendida: iasí amontona el feudalismo siervos! los compra con el hierro ó con el oro. ¡Tú de mi casa!

COLONNA. JUANA.

Sí; pasando el tiempo murieron mis hermanos y mi esposo, que un hijo me dejó: tu noble abuelo en Palestrina estaba con tu padre. y el hermano menor de aqueste, viendo una tarde á mi hermana, enamoróse; quiso rendirla con traidor manejo, y fingiéndose un hijo de la plebe logró su amor y consiguió su intento; nació María el dia en que mi hijo de paso en este mundo voló al cielo, y entónces la infeliz hermana mia, próxima á sucumbir y conociendo

que el hombre á quien amó la abandonaba, me hizo depositaria del secreto legándome su hija...

COLONNA. JUANA.

¿Y su venganza? (En son de burla.) (Le mira con desprecio y sigue.) Busqué á Colonna, conociome presto, v me juró que si al morir quedaba sin un hijo legítimo heredero, su fortuna v su nombre deiaria á la niña infeliz; levantó el feudo que sobre mí pesaba, me hizo libre, v á dos ancianos de su casa deudos, les obligó á adoptar por hija suya á la hija de su amor, dándoles luégo una fortuna con la cual nudieran librarse de homenaie; en su derecho estaba al separarme de María v nada pude hacer.

COLONNA.

Pero no acierto...

JUANA.

(Con impaciencia.) Déjame terminar y entônces habla. Colonna de mi sombra tuvo miedo y no quiso que cerca de su hija viviese quien guardaba su secreto; vo que miraba en la inocente huerfana un porvenir de amor á mis recuerdos, me eché á sus plantas, supliqué llorando, y conseguí del hijo de tu abuelo pasar como nodriza de la niña. tomándome el solemne juramento de que jamás mi labio la diría que el mismo nombre que su madre llevo. Veinte años hace que callando vivo y sellará la muerte mi silencio. ¿Y ese retrato entónces...

COLONNA. JHANA.

De María los padres adoptivos sucumbieron,

pero ántes de morir me le dejaron con el encargo de que andando el tiempo. si otro retrato igual se me entregaba pudiese reclamar con justo empeño la legítima herencia de María.

COLONNA.

¿Pues ignorantes los taimados viejos no sabían la estirpe de la jóven? Infelices, jamás la conocieron. Tu tio, ese Colonna maldecido,

JUANA.

veló entre sombras la verdad del hecho.

COLONSA.

Y al casarla con Rienzi...

JUANA.

con su humilde apellido se la dieron.

Como hija

COLONYA.

De manera que tú sola...

JUANA.

En el mundo Colonna y vo su nombre conncemos.

COLUNNA.

Colonna ha muerto ya.

JUANA.

Lo sé, y acaso tú sabes lo que dice el testamento? No puedo responderte, que á María

COLONNA.

solamente le importa conocerlo. Voy á buscarla, pero nunca olvides que sangre egipcia en mi linaje tengo.

JUANA

Dame el retrato.

COLONNA. JUANA.

No, como nodriza de la niña infeliz guardarle debo. Si ha de vivir cual hija de Colonna preséntame otro igual y desde luégo te le daré; hasta entónces con la vida podrás arrebatármelo del pecho.

(Se va por la puerta por donde salió Rienzi y María.)

ESCENA VII.

PEDRO COLONNA solo.

Mi tio me legó su vasta herencia, v al hacer testamento

dejó á mi voluntad y á mi conciencia que buscase á la huérfana María, y en su nombre, si acaso la encontraba, dijo me autorizaba para legarle el título y fortuna. Mi tio confiaba en que su testamento cumpliría. ¡Por Dios! No se engañaba, que yo le cumpliré si esa María no tiene el alma desgastada ó fria.

ESCENA VIII.

MARÍA, seguida de JUANA, entra por la puerta de la derecha, primer término Al ver à Colonna en medio de la estancia, bace un movimiento de asombro. Juana se queda junto al tapiz izquierdo del fondo.

MARIA.

Colonna aquí, Dios mio! el pensamiento túrbase á veces entre sombra vana.

(Saludándola.) Noble María...

COLONNA. Maria.

(Interrumpiéndole y con acento altanero.)

Sin perder momento dime al punto qué quieres. (À Juana.) Véte, Juana. (À Colonna.) Sé breve y no levantes el acento; Rienzi no duerme.

JUANA.

Espiaré cercana.

(Al escuchar la órden de María cruza lentamente la escena y se va por la puerta de la derecha, cerrando ántes la del fondo.)

COLONNA.

(Con tono persuasivo.)

Por su patria y por él pretendo hablarte.

MARIA.

(Con altanería.)

Por mi patria y por él vengo á escucharte: cómo llegaste aquí dime primero y el nombre del traidor...

COLONNA.

No hubo ninguno.

Entré como le cumple à un caballero:

fui llamado á presencia del Tribuno para ser de sus actos consejero. Me retiré sin que me viera alguno, y al salir en la opuesta galería esperé la señal que te pedía.

Maria. No es muy noble tu accion: dime qué quieres.

COLONYA. Darte los medios de salvar á Roma.

MARIA. ¿Y para aquesto á Rienzi me prefieres? Rienzi el orgullo de monarca toma;

COLONNA. Rienzi el orgullo de monarca toma nada quiero con él, en tí confio;

tu voluntad será la que decida.

Mania. Y acaso ¿puede tanto mi albedrío?

Colonna. (Con gran intencion.)

Puede causar la muerte ó dar la vida.

Maria. De tus palabras, Pedro, desconfío.

Colonna. Mañana Roma se verá perdida

si no me escuchas con serena calma.

Maria. Comienza á relatar. (Cállese el alma.) (Se sienta.)

Colonna. (De pie.) Mi hermano Estéban por los años yerto,

viviende en Palestrina retirado, ignora el pernicioso descontento que en Roma Nicolás ha levantado. Representante de mi noble casa en la ciudad eterna yo me veo, la fuerza de mi nombre nada escasa, yo solo por fortuna la poseo.

¡Debes saber, María, cuanto pasa! Todo lo sé.

MAEIA. Todo lo sé. Colonna. Pues bien, á tu deseo.

¿He de jurar la ley del buen estado, ó me declaro en guerra levantado?

MARIA. (Con vehemencia.)

¡Que si la has de jurar, Vírgen María! Pedro Colonna, sí, yo te lo ruego; no guarda más afan el alma mia. ¡No ha de guerer al sol el pobre ciego!

Dime lo que he de hacer, mi vida toda

no pudiera comprar fortuna tanta.

COLONNA. (Con frialdad y odio.)

Mucho quieres á Rienzi; me acomoda.

MARIA. (Suplicante.)

Deja ese acento frio que me espanta,

y dime que he de hacer.

COLONNA. (Primero con vehemencia y luigo con pasion.)

Viste en el cielo

la nube que ligera se estremece y henchida por atmósfera de hielo sobre la tierra gigantesca crece? Mi corazon en su amoroso anhelo á la nube ligera se parece;

el amor que te guarda es tan profundo

que deja en sombras lo demas del mundo.

MARIA. (Levantándose con un brusco movimiento y demostrando

en sus ademanes que está espantada de lo que oye.)

¡Jesús qué horror! la mente que delira pudo fingirme, Pedro, tus palabras;

todo cuanto escuché, todo es mentira.

(Con impetu.) De Italia y Roma la desdicha labras;

dame tu amor.

MARIA. (Con resolucion.) ¡Jamás!

COLONNA.

COLONNA. (Con encono.) Pues bien, mañana

empezará la lucha fratricida.

MARIA. (Como si no le oyera y siguiendo con horror los pensamien-

tos de Colonna.)

¡Que te venda mi honor siendo romana!

COLONNA. (Amenazándola.)

¡Que firmas la sentencia de su vida!

MARIA. (Con espanto.)

¡Ah! qué dices, no, no, Dios soberano,

eso no puede ser, Rienzi es querido. .

Colonna. (En tono de conviccion.)

El jese de los nobles es mi hermano, si no le juran se verá perdido.

MARIA. (Con vehemencia.)

Y esto se flama joh Dios! un ser humano.

COLONNA. (Acercándose á María.)

Dime que serás mia, y tu apellido de Colonna, legitima heredera, podrá saberlo la nacion entera,

MARIN.

(Como si de pronto recordase la carta, la sara del bolsiblo, y recorriéndola presipitadamente con la vista, une la neción á la palabra.)

Eso es cierto, tu carta...

COLONNA.

Sí.

MARIA.

El destino en hondo abismo por mi mal me encierra.

(Dirigiéndose à Colonna con vehemencia.) ¿Para qué te pusiste en mi camino, aborto miserable de la tierra? Cúmplase tu maldad, cúmplase el sino; levanta el estandarte de la guerra y la sangre que vierta el inocente.

y la sangre que vierta el inocente caiga como baldon sobre tu frente.

(Durante estos últimos versos Juana aparece en el dintej de la puerta por donde se marchó, escucha breve rato y vuelve á retirarse à la terminación de la escena.)

COLONNA.

(Que se halla enfrente de la puerta de las habitaciones de Rienzi, ve venir à éste y hace un movimiento de terror.) Rienzi viene.

MARIA.

(Con espanto.) ¡Jesús, estoy perdida!

(Colonna va á salir por la puerta del fondo, y encontrándola cerrada no tiene más tiempo que el necesario para ocultarse detrás del tapiz del fondo, correspondiente á las habitaciones de María.)

RIESZI.

(Apareciendo por la puerta derceha del primer termino.)

Me pareció que hablabas,

MARIA.

(Haciendo un esfuerzo para serenarse.)
Pudiera suceder, porque dorinida...

RIENZI.

¡Eu pesadilla acaso te agitabas!

(Cruza la escena y se coloca junto à la mesa.)

Yo la tengo despierto, sí, ¡Dios mio! si no jura esa raza miserable, ¿qué va á pasar en Roma? (Mirando al tapiz.) Yo config...

MARIA. No. María, la guerra inevitable, BIENZI

y despues, no lo sé; si yo pudiera obligar á Colonna al juramento!

(Ap. v refiriéndose à Colonna.) MARIA.

(¡Virgen santa, y lo escucha! Si supiera!...)

(Siguiendo la hilacion de su pensamiento.) BIENZI. Pero es tau orgulloso y violento...

Si fuese noble vo le obligaría, que esa gente fiada en sus blasones no atiende ni discursos ni razones. y obedece á dudosa gerarquía.

(Dirigiéndose á María.)

Déjame meditar, esposa amada, porque al verte tan oura y tan hermosa. el alma olvidaría enamorada el fin de una mision harto grandiosa. Vete, porque al salir la nueva aurora

he de luchar con fuerzas de gigante, y el hombre que rendido se enamora no puede ser caudillo, sino amante.

(Dirigiéndose á su habitacion.)

MARIA.

Adios. (Le salvaré dando la vida.) RIENZI. (Hablando consigo mismo, interin sale Maria. - Toma el

> libro.) En la historia de ayer voy á sijarme,

y acaso alguna página perdida me aconseje los medios de salvarme.

MARIA. (Al pasar por el tapiz se para y brevemente dice á Colonna.)

(Antes de que principie el juramento quiero hablarte.

Colonna (Con el mismo tono.) Vendré, pierde cuidado.)

RIENZI. Que al terminar sus últimas palabras se sentó en el sitial, se refiere al libro que tiene en la mano, y que segna él mismo dijo al cogerlo, es la antigua historia de Roma) Á mi pesar vacila el pensamiento recorriendo la historia del pasado.

COLONNA. (Sale de detrás del tapiz, echando mano al puñal.)
(Si muriera... Por Cristo, tal momento
no lo debo perder.) (Se adelanta con cautela.)

RIENZI (Refiriéndose a la historia.) Asesinado inurió Graco.

JEINNA.

(Sale por la puerta de la izquierda, ve la actitud amenazadora de Colonna, y con un movimiento rápido abre la puerta del fondo, indicándola á Colonna con impenente ademan.)

(Aquel es tu camino.)

abierto, ignorante de todo lo que ha pasado á su espalda.)

RIENAL. (Refiriéndose siempre à la historia.)
¡Quién pudiera leer en su destino!
(Cae el telon, dejando à los personajes en la siguiente actitud; à la derecha y en el fondo, Colonna, inmévil ante la figura de Juana, que en frente de él le señala la puerta con la mano; Rienzi, sentado y meditando con el libro

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del Capitolio; á la derecha del espectador dos puertas que dan entrada á las habitaciones de Rienzi; á la izquierda un balcon por el que se surpone ver á lo lejos la plaza del Capitolio. En el fondo gran puerta; á la izquierda mesa, recado de escribir y sitiales. Á los dos lados de la puerta dos trofeos, en el uno dos banderas, una de ellas con las armas de Roma; en el otro un estandarte no muy grande que tiene sobre fondo azul floreado de estrellas, una paloma blanca con un ramo de oliva, pendon emblemático del tribuno Rienzi.

ESCENA PRIMERA.

RIENZI, JUANA.

JUANA

(De pie al lado del sitial.)

Y á Esteban le avisaste á Palestrina?

RIESZI.

(Que está sentado.)

A peco que saliste de mi estancia

anoche mismo le avisé.

JUANA.

Y no sabes...

RIENZI.

Sé que al llegar mi heraldo á su morada como una fiera se tornó el buen viejo, diciendo que arrojasen de su casa al mensajero infame que traía noticia que á su estirpe maltrataba: á poco se calmó, porque parece que ciertos nobles que con él estaban, noticiosos de todo lo que en Roma de algunos dias á la fecha pasa, dijéronle que peligroso era que en una negativa se encerrara; y entónces más humano, al mensajero le dió respuesta terminante y clara.

JUANA. (Con vehemencia.)

Y esa respuesta es...

Rienzi. Que al ser de dia mandaría á decirme si juraba.

Juana. (Acercándose á la ventana.)

El sol ya brilla en el cénit ha rato
y ¿aún nada sabes?

RIENZI.

JUANA.

No.

JUANA. (Volviendo al tado de Rienzi.) Malditit raza.

Pero, Juana, aún no vuelvo de mi asombro cuando recuerdo la perversa trama que ese Pedro, tan vil y tan infame, á la pobre María le contaba. ¿Tú lo escuchaste bien?

JUANA. (Violentándose al responderle.)

Que sí te digo.

Rienzi. ¿Verdad que lo que dijo fué una infamia?

(Come hablando consigo mismo.) ¡Mi buena esposa, de Colonna hija! imposible, Dios mio, lo jurára!

Debes estar tranquilo, pues ya sabes que todo fué mentira: historia larga

> es contarte la vida de Maria desde los tiempos de su tierna infancia.

(Con marcada violencia.)

Ye la he visto nacer, y te aseguro que es humilde su nombre cual su raza.

(¡Oh! Dios mio, valor!)

Rienzi. Ese Colonna

miserable que intenta deshonrarla, hov mismo se verá bajo mi vugo. y acaso su cabeza ensangrentada anuncie á Roma que las leves mias han podido cumplirse sin jurarlas. Gracias á tí, de lo pasado anoche tengo noticias, y por Dios que el alma no olvidará jamás lo que te debe. (Se levanta) Pídeme lo que quieras, noble Juana.

JUANA.

Pues bien, te pido que tu esposa ignore que contigo vo hablé.

RIENZI.

Te doy palabra que nada le diré. ¿Estás contenta? Gracias, señor. ¿Olvidarás la carta?

JUANA. RIENZI

(Se dirige hácia su habitacion, pero ántes le enseña à Jua-

na la carta.)

Aquí llevo esa cita maldecida que trajo los disgustos á mi casa.

JUANA.

Que po sepa María que la tienes, pues vo se la pedí para quemarla. (Váse Rienzi.)

ESCENA II.

JUANA sola.

Este monólogo depende completamente de la actriz. Se dirige con la vista y la accion por donde salió Rienzi.

> La verdad no sabrás, no por mi nombre; al brillar en Oriente el nuevo dia rodó al fondo del Tiber el retrato, la única prueba que en el mundo había del verdadero nombre de María. Yo moriré callando: inija del alma, tu mejor corona es la virtud! el oro de tu herencia no se puede cambiar por tu deshonra; no hay nada en la existencia para borrar las manchas de la lionra.

ESCENA III.

JUANA, un PAJE y un HERALDO.

PAJE. Pasad, heraldo. Juana, ¿y el Tribuno?

JUANA. (Mirando fijamente al heraldo.)

Há poco retiróse hácia su estancia.

PAJE. De la casa feudal de los Colonnas

viene este heraldo y verle me demanda.

JUANA. No le detengas y al Tribuno avisa;

(Al ver que el Paje se dirige solo à la habitacion de

Rienzi.)

pero no, que á la fiesta se prepara y te hiciera esperar; llévale al punto.

(Al oir à Juana se detiene.)

Y si me dice...

Juana. No, no dirá nada.

PAJE. (Indicando al heraldo la puerta y saliendo con 61.)

Por aquí.

PAJE.

JUANA

Ojalá que no me engañe, pero al mirar al mensajero, el alma me dijo en su lenguaje misterioso que al juramento Estéban se prepara.

ESCENA IV.

JUANA, PAJE.

Mirando á la estancia de Rienzi.)

Lujoso está el Tribuno, por mi nombre.

(Ne à Juana, que está junto al sitial en actitud pensati-

va, y se dirige à ella.)

¿Verdad que es hermosísima la fiesta?

¿No me escuchaste, Juana? ¿qué respondes?

JUANA. (Distraida.)

No bajé á la ciudad.

PAJE. Roma presenta

tan vistosos y ricos atavios

como la mente en el delirio sueña; las calles de tapices adornadas; las ventanas con flores y preseas; el caballo que rige Marco Aurelio, aunque es de bronce, sobre la alta piedra vierte á raudales espumoso el vino por la ancha boca con el freno abierta. Cruzan las calles en alegre danza y dándose las manos mil parejas, en tanto que resuenan los clarines v tremolan al viento las banderas.

JUANA.

PAJE.

JUANA.

PAJE.

(Que saliendo de su distraccion, eyó con atencion las úllimas palabras del Paje.)

Muy alegre está el Paje á lo que veo.

Estoy alegre como Roma entera. Y ¿cómo no? cuando tenemos leyes

que causarán la envidia de la tierra.

(Con tristeza.)

Leves que acaso el pueblo las rechaer. Tú sola pensarás tanta demencia.

Si vieras hoy lo que sucede en Roma

olvidaras al punto tus ideas. Con briales lujosos las señoras v con saval humilde la plebeya, con tosco paño el campesino rudo

y el noble con escudo y con cimera, todos se apiñan en confuso grupo para ver al Tribuno, y no lo hicieran

si Rienzi no le diese á nuestro pueblo unas leves tan sabias cual discretas.

Gracias á él, el homicida es muerto, v dispuestos al punto á la pelea

cada cuartel de Roma tendrá fijos cien hombres; ademas á la nobleza

la obliga á hundir sus torres y castillos y le quita la guarda de las puertas de nuestra gran ciudad; rinde el orgullo, de esa gente tiránica y soberbia haciéndola jurar solemnemente que á sus mandatos prestará obediencia: asegura la paz en los caminos y habrá graneros do con mano abierta se les dará á los pobres alimento si apareciese el hambre ó la miseria. Estas leyes tan sabias y precisas se pueden olvidar?

JEANA

El tiempo abrevia lo que jamás el pensamiento humano lográra prevenir y, aunque no creas. te aseguro que el paso de la historia otras leves más sabias nos presenta hundidas entre el polvo del olvido ó tenidas cual sombras pasajeras. Ademas, esa ley no está jurada, y aunque al pueblo le agrade, la nobleza puede muy bien negarse á recibirla y entónces, claro está, viene la guerra Pues bien, pelearemos. ¡Qué demonio! no siempre ha de ser nuestra la prudencia: acaso lograremos enseñarles que con el pueblo débil no se juega. y que si ha consentido toda Roma esas luchas feroces y sangrientas de Colonnas y Orsinis, llegó el caso de ponerlos en paz, aunque no quieran. El Tribuno será nuestro caudillo y con él ganaremos la pelea v habremos de matar tantos barones como ellos matan de la clase nuestra: que á la ley del Estado se resistan y te juro... me voy, que Rienzi llega (se va.) (Sola. Este monólogo depende de la actriz). ; Pueblo! nobleza! ; Oh Dios! delirios vanos

que empeceis esa lucha fratricida!

PILE.

MANA

pueblau el mundo siervos y tiranos; ¡mientras no se confundan como hermanos jamás la ley de Dios será cumplida! ¡La nobleza... ignorante, el pueblo... imbécil! ¡Cuanta sangre vertais toda perdida! Faltan ciencia y virtud... ¡aún está lejos la redencion completa de la vida!

ESCENA V.

JUANA, RIENZI, HERALDO.

BIENZI.

(Lujosamente vestido para la ceremonia del juramento, sale de su estancia seguido del Heraldo, y en el segundo término de la escena habla cen él.)

Decidle si le hallais al noble Estéban que la última en jurar será su casa, pues desde Palestrina al Capitolio tres horas por lo menos hacen falta; y á más decidle que su hermano Pedro ignora mi mensaje y su demanda.

(Se dirige hácia Juana.)

HERALDO.

(Antes de salir por la puerta del fondo.) Adios, señor.

RIENZI.

(Dirigiéndose primero al Heraldo y luégo á Juana.) Que Dios os guarde. El cielo

protege al inocente; mira, Juana.

JUANA.

(Se apodera con rapidez del pergamino que le da Rienzi, y despues de recorrerle con la vista se lo devuelve. Con vehemencia.)

: Vendrá Colonna!

RIENZI.

Sí; de Palestrina, esa villa con puentes y almenada, ya habrá salido en direccion á Roma, y cual representante de su casa, me promete prestar el juramento en atencion á su querida patria.

(Estas últimas palabras las dice Rienzi con intencion.)

JUANA. ¡Oué falso!

Mucho; sólo por el miedo BIENZI.

se rinde complaciente á mis instancias.

JUANA. Y Pedro, ¿nada sabe?

No, y Dios quiera RIENZI.

que ignore por completo lo que pasa.

(Se sienta junto á la mesa.)

Y María, salió?

Sí. fué á San Pedro. JUANA.

Me necesitas?

No. RIENZI.

Voime á buscarla. (Se va.) JUANA.

(Solo, recorriendo con la mirada el mensaje de Esteban RIENZI

Colonna.) Cedió, y á mí pesar, aún desconfio. ¿Llegaré á dominar su altiva raza? .

(Deja el pergamino.)

¡Sombras ilustres de romanos todos que veis la lucha que sostiene el alma. acudid á mi pobre pensamiento, dadine la fe! mi empresa levantada nuede ceñirme de inmortal renombre y abrir camino al porvenir de Italia.

ESCENA VI.

MARÍA, seguida de JUANA y de dos camareras, entra por la puerta del ton le con una carta en la mano; se quita el manto, que lo da á una de ellas: estas y Juana se van por la derecha y ella se adelanta hácia RIEN-

ZI, que está sentado.

MARIA. (Despues de quitarse el velo y al dirigirse al centro de la escena.)

> (Ap.) (Dios atendió mi ruego, y á mi alma fortaleza le da para la lucha.)

(Ve á Rienzi y se dirige hacia él con cariño.)

Rienzi!

RIENZI.

(Se vuelve á la voz de Maria, se levanta y se abrazan,) Mi amor

MARIA.

(Despréndese de sus brazos.)

Lograste ya la calma!

BIENZI.

MARIA

(Con pasion é intencion doble.) Un alma grande necesita mucha. (Viendo el panel que trae Maria.) ¿Qué papel es aqueste?

(Refiriéndose al papel.) Roma eutera le pregona cual nuncio de alegría, y tu querida esposa la primera quiso decirte lo que en él había. La lira del Petrarca te saluda como jamás le saludó á ninguno. y aunque se torne la fortuna ruda, tu fama pasará, noble Tribuno!

BIENZI.

(Con altivez.) Si el alma mia levantó su vuelo nunca fué por lograr palma de gloria. que guarda muchos mártires el cielo ignorados del hombre y de la historia. Hónrame que el Petrarca, astro divino, cuvo genio á los hombres les aterra. me salude al cruzarse en mi camino: mas si no he de cumplir con el destino, ¡qué me importan las glorias de la tierra!

MARIA.

Acaso con el canto del poeta se enaltezcan los hechos de tu vida. si la historia fingiéndose discreta débil ó apasionada los olvida.

BIESZI.

Dame la carta.

MARIA.

No, leerla quiero, que si la fama tu virtud pregona, yo que á todo en el mundo te prefiero, voy á ceñirte la mejor corona. (Levendo.)

«¡Salud, romanos! ¡pueblo cuya faina

........

»es antorcha del mundo, »antorcha que en fulgores se derrama »sobre el centro profundo »y en la inmensa region que el sol inflama.

»La libertad se sienta á vuestro lado: »madre del hombre, diosa de la suerte. »es una emperatriz cuyo reinado »no se puede acabar ni con la muerte »Se aduerme de pesar estremecida, »ó se aleja del pueblo temerosa »cuando siente una lucha fratricida. »No la busqueis en noche tenebrosa. »la libertad es lumbre de la vida. »Velad por ella como amantes hijos, by con los ojos fijos »en la cumbre del alto Capitolio, »obedeced al salvador de Roma. »; al héroe que levanta la paloma pentre los pliegues fúlgidos del sólio! »Con el puñal sangriento de Lucrecia neste nuevo Camilo en su venganza »hará de Roma la moderna Grecia; »tan sólo en él fijad vuestra esperanza, » y unidos bajo el trono de su gloria » pasareis á los siglos de la historia. »Y tú, noble mortal predestinado, »tú, que viendo las sombras del pasado »sigues de Bruto y Rómulo el camino v á tu pueblo infeliz v desgraciado »le das un rayo del fulgor divino; »tú, si quieres cumplir con el destino »no abandones jamás á tus hermanos. »que si muere la fe de tus conquistas »se alzarán imponentes los tiranos. »: Gloria á tu nombre, gloria á tus hazañas. »patricio ilustre de la altiva Roma;

por tí la Italia con naciente vida »contempla engrandecida nel águila feudal que se desploma: »por tí la libertad, pura y triunfante, »alumbrará nuestros sepulcros vertos »y la cuna tranquila del infante. »Yo te saludo, protector del hombre. »;Romanos del aver! :Paso á su nombre!» (1) (Entusiasmado con las frases que le dirige el poeta, exclama:) ¡Honra del mundo! con tu hermosa lira del polvo de la tierra me levantas. ¡Tu ardiente corazon! ¿dónde se inspira? inmortal ha de ser lo que tú cantas! (Siguiendo el pensamiento de Rienzi.) Su apasionado corazon respira en el ambiente de las cumbres santas.

ESCENA VII.

nuevo sol en los cielos de levante prosigue el rumbo que le enseña el Dante.

DICHOS y un PAJE.

Paje.

La hora se acerca y en la plaza clama el pueblo por veros.

RIENZI.

RIENZI.

MARIA.

(Al Paje, que se va.) Presuroso
voy á bajar, que todo se prepare.
(Á María.) El acto es muy grandioso
y quiero que contemples á tu esposo
desde aqueste balcon. ¿Ves? (Se dirige al balcon.)

MARIA.

(Distraida y ap.) (Oh! Dios mio, ya tarda y desconfio.

¿Qué nueva trama fingirá el villano?)

RIENZI. (Volviéndose hácia Maria.)

⁽¹⁾ Esta carta está versificada sobre la traduccion española, en prosa, de la que escribió el Petrarca.

No me escuchaste?

MARIA. (Distraida.) Sí.

RIENZI. (Temándola de una mano.) Pero es desvío

el que me niegues tu querida mano!

MARIA. (Volviendo en si y con vehemencia.)

¡Desvío para tí, alma del alma!;

RIENZI. (Con pasion.) Puede ofuscar tu corazon amante?

MARIA. (Con vehemencia.)

No, Rienzi, no, jamás el alma mia recibirá tu amor callada ó fria.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, capitanes de la Guardio del Capitolio, heraldos, pales y escuderos: un heraldo toma el pendon emblemático del Tribuno y otros dos las banderas del otro trofeo. El que toma el pendon se coloca delante de todos, siempre en segundo término de escena.

Paje. En el régio salon del Capitolio

el legado del Papa os espera. El de Orsini en la plaza se aparece.

RMEN71. (Hablando consigo mismo.)

¡Un sueño me parece! Esa raza tan fiera

por fin á mis designios obedece.

(District design to Maria)

(Dirigiéndose à María.)

La ceremonia es breve. Adios, María: con el santo laurel de esta victoria se ceñirá la tumba de mi hermano, viéndose en los anales de la historia cómo se venga el que nació romano.

(Al dirigirse à la puerta se para delante de su estandante y en un arranque de entusiasmo se dirige primero à él y luégo à sus servidores.)

¡Emblema sacrosanto, castísima paloma, jamás he de olvidarte, lo juro por mi fe: el nuevo sol anuncia la libertad en Roma. y hundiendo los castillos su triunfo te daré. *En las naciones todas y en los remotos mares *la fama de tu nombre volando llegará. *los reves y los pueblos te elevarán altares *v al mundo estremecido tu luz asombrará. (Dirigiéndose á cuantos hay en escena, los cuales durante estos versos dan señales de entusiasmo y admiracion.) *Por alcanzar justicia se eleva el pensamiento rasgando las tinieblas del hondo porvenir. *la libertad se anuncia allá en el firmamento. *:Romanos, alcanzadla! y no temais morir. (Toma su estandarte.) Protege mi destino, que sigan las edades la senda de la vida, de tu reflejo en pós! que brillen en los siglos del tiempo las verdades como las quiere el hombre, como las guarda Dios. (Rienzi sale con el estandarte en la mano, seguido de todos, menos de Maria.)

ESCENA IX.

MARÍA sola.

MARIA.

(Sigue con la vista desde la puerta del fondo la marcha de Rienzi y se acerca lentamente à la ventana, parândose en medio de la escena para decir les primeros versos del monólogo. Se refiere à Rienzi.).

Su espíritu del mundo separado contempla al hombre con la luz del cielo. ¿Estará equivocado? ¡Tal vez la raza humana en su camino no llegue à ver el resplandor divino! (Acercándose à la ventana. Pausa.)

Ya la plebe se ciñe ante su paso cual las nubes se alejan al ocaso cuando el sol se presenta entre las sombras mil de la tormenta. (Pausa.)

Un rayo de su lumbre le acaricia. (Se dirige al sol.)

¡Soberano del cielo] que tornas en purísimas corrientes los témpanos de hielo! Oh, sol que como antorcha de los astros prendes con hebras de oro mil zafiros! tal vez se apagará tu lumbre hermosa sin que pueda olvidar el alma mia el venturoso dia en que me viste de mi amante esposa. Momento por el cielo preparado!; tú vivirás en mi como la yedra, eterna compañera de la encina; ídolo de mi amor, esposo mio, jamás el alma llegará á perderte, mil veces ántes me daré la muerte. (Este monólogo depende completamente de la actriz.)

ESCENA X.

MARÍA y COLONNA, despues JUANA. Colonna entra por le puerta del fondo medio embozado en su manto y como agitado y temeroso.

COLONNA. (Sin ver á María.)

Por fin llegué, cruzando los salones entre pajes y heraldos confundido nude rasar

pude pasar.

MARIA. (Que sigue en la ventana viendo la ceremonia, no ha sentido à Colonna.)

Le siguen cien legiones.

COLONNA. (No en balde tengo fama de atrevido.)

MARIA. (Siente ruido, se vuelve y ve á Colonna.)

(Siente ruido, se vuelve y ve á Colonna.) Quién llega aquí? (Al verle.) Dios mio!

COLONNA. (Avanzando en medio de la escena.) Aquí me tienes.

Mis gentes en mi casa preparadas para salir están; si me detienes, se acabará la fiesta á cuchilladas y morirá la plebe y el Tribuno. ¿Serás mia? Responde, el tiempo pasa. Rienzi en la plaza está, no falta uno de cuantos nobles hay.

MARIA.

Pero tu casa.

Colorna.

acaso no es la última en la jura? Sí, mas si no me ven, esa nobleza no ha de jurar.

MARIA.

No pienses tal locura

Orsini es tu enemigo declarado, y por causarte enojos juraría.

COLONNA.

(Con cinismo.) Cuando surge un peligro inesperado nuestra raza se pone en armonía. Orsini hará lo que Colonna hiciere.

(Se oye un toque de clarin.) Los clarines anuncian...

MARIA.

¡Cielo santo! (Con desesperacion.)

COLONNA.

(Con pasion y acercándose à ella.)

¿Tu amante corazon no me presiere? (1)

MARIA.

Calle tu lengua, que me causa espanio. No me dijiste anoche que mi cuna...

Tu padre fué un Colonna...

(Con horror y alejándose.)

COLONNA MARIA.

Cuál...

COLONNA. (Interrumpiéndola.) Sn heremif

recae en tí.

Pues bien... Mas por fortuna (Interrumpiéndola.)

COLONNA.

MARIA.

MARIA.

vo solo he descubierto tu existencia. Quiero creer que es cierto lo que escucho:

jura la ley y cedo mi derecho.

COLONNA.

(Con cinismo.) Inútil sacrificio; fuera mucho

si no estuviera el testamento hecho.

Suena una banda militar lejana; tocando una marcha durante unos momentos.

Mi voluntad y mi conciencia sólo pueden darte tu nombre y tu riqueza.

MARIA. (Con ira.) Hábil estás en la maldad y el doto.

COLONNA. (Con tono de amenaza.)

Que peligra de Rienzi la cabeza.

MARIA. (Con espanto y vehemencia)

¡Oh Dios mio!... Pues bien, jura... y mañana...

(Ap.) (Entre la muerte buscaré la vida.) ¿Quién me asegura tu palabra vana?

Colonna. Quién me a Maria. (Con espanto.)

Con espanto.)

Pues qué pretendes, ¿dí?
COLONNA. Comprometida

por una carta...

Maria. (Con indignacion) Tu conciencia humana

es de un genio infernal digna gnarida. (Se sienta junto á la mesa y toma la pluma) Dicta la carta, corazon maldito,

y acaso te horrorice tu delito.

COLONNA. (Dietando.) «Dame mi herencia; de la estirpe mia

pel nombre ilustre en la ciudad pregona, que pueda vo ceñir feudal corona

y ven á por mi amor...»

MARIA. (Con indignacion.) Qué vil!

Colonna. (Dictanda.) «Maria.»

MARIA. (Al concluir la carta oye rumor y se levanta.)

(Se acerca á la ventana.)

¡Oh cielos, qué rumor! la plaza entera entre gritos y vivas se estremece.

(Al ver lo que pasa en la plaza.)

Virgen santa!

CQLONNA. (Acercóndose á la ventana tambien por detrás de María)
; Qué es ello?

MARIA. (Con entusiasmo.) Que aparece enfrente del Tribuno tu bandera.

COLONNA. (Con ira.) ¿Qué dices? ¡Maldicion!

Maria. (Señajando con la mano hácia la plaza.) Sigue la mano:

mira junto al altar una figura.

(Siguiendo la indicacion de María y con indignacion.) COLONNA. :Estéban de Colonna! MARIA. (Con enthsiasmo.) Sí, tu hermano, que al pie del ara la obediencia jura. (Separándose de la ventana.) COLUNNA. Quién le pudo avisar, ;suerte maldita! MARIA. (Sin volver la vista à Colonna y siempre junto à la vontana.) Pedro, tu estirpe cede dominada. Colonna. (Toma la carta escrita por Máría y se dirige hácia la puerta del fondo sin que Maria se aperciba de ello.) (Ap) (Pero al fin te perdiste, desgraciada, que tu deslionra me la llevo escrita.) (Se separa de la ventana y ve que Colonna se ha ido.) MARIA. Se fué como el leopardo perseguido. (Recuerda la carta y la busca sobre la mesa. Al ver que no está se siente poseida de terror. Este momento sólo la actriz puede interpretarlo.) Mi carta! ;Oh Dios, mi carta se la lleva. (Llamando.) Juana, favor; ¡Colonna maldecido! esa carta de infamia es una prueba. JUANA. (Entrando.) ¿Qué sucede? MARIA. (Con vehemencia.) Colonna, por ruin medio, una carta arrancóme: pronto, Juana, recóbrala por Dios ó sin remedio sin honra alguna me veré mañana. (Indicando à Juana, que està dispuesta à salir, la puerta por donde se fué Colonna.) Por alli... JUANA. (Va á salir y ve à Rienzi, que se supone entra en aquel momento en el salon anterior.) Rienzi llega. Suerte impía! MARIA. (Con terror.) JUANA. (Dirigiéndose á Maria la toma una mano.)

JUANA. (Dirigiéndose á María la toma una mano
Ten confianza en mí, juro salvarte,
pero no estés aquí, vete, María.
(La lleva hácia la puerta derecha.)

MARIA. (En tono suplicante ántes de salir de escena.)

Juana, mi honor.

JUANA Procura serenarte.

> (Sola, dirigiéndose à la puerta del fondo.) ¿Quíén pudiera esperar tal villanía!

RIENZI. (Desde dentro)

> Levantad en la Plaza mi estandarte y sujetad al pie de sus borlones de Orsini y de Colonna los pendones.

JUANA. No viene solo, no, rudo destino, más tarde le hablaré. (Se va.)

ESCENA XI.

RIENZI; despues un PAJE.

RIENZI. (Delante de la puerta y en el otro salon, se dirige a los

que se supone le vienen acompañando.) Nobles romanos.

la libertad por fin nos hace hermanos. No lo olvideis, abierto está el camino.

(Entrando en escena solo.)

Corazon, ya cumpliste tu deseo, ya vacila el poder de la nobleza y la unidad de Italia en Roma empieza: ya el porvenir sobre la patria veo.

Señor, Pedro Colonna, dentro espera. PALE.

BIENZI. Hablando consigo mismo.

No tardó en acudir á millamada.

(Al Paje.) Queentre al punto.

(El paje se va.)

Veremos si esa fiera

para siempre la tengo dominada.

ESCENA XII.

PEDRO COLONNA y RIENZI, despues MARIA

COLONNA. (Entra por la puerta del fondo.) A tu palacio, Rienzi, me has citado.

RIENZI. Y me complace que á la cita vienes.
COLONNA ¡Necesitas algun nuevo tratado?

Rienzi. Si á lenguaje más llano no te avienes bastante con lo dicho hemos hablado.

COLONNA. ¡Oué hables de orgullo tú que tanto tienes!

otonna. Que nables de organo ta que tanto tienes:

RIENZI. (Con intencion sarcástica.)

Á barones de excelsa gerarquía se les debe tratar con hidalguía.

COLONNA. (Con impetuoso ademan.)
Dejémonos de sátiras y al hecho;

qué concesion, qué apoyo necesitas?

RIENZI. (Acercándose á Colonna.)

Si tienes corazon dentro del pecho, si me dejas hablar y no te irritas consejo me darás sobre un derecho que á preguntarte voy y así me evitas que la mente orguilosa y ofuscada sentencie con pasion ó equivocada.

(Estos versos han de decirse con una gran intencion.)

COLONNA. (Se acerca a Rienzi, como si de mala gana y sólo por

condescender, consintiera en oirle.)
No me honra mucho ser tu consejero.

(Sin hacer caso de este insulto de Colonna, sigue en el

mismo tone.)

BIKNAL.

Si algun villano, siervo de tu raza, por odio, por venganza ó por dinero en ruin manejo y con artera traza te ultrajase en tu honor de caballero en las lides de amor ó de la plaza, tu justicia feudal, dime, ¿qué haría si descubierto fuese?

COLONNA. (Con acento breve.) Le ahorcaría!

RIENZI. (Dando un paso hácia atrás y cambiando de entonacion.)

Usando ese derecho, que es preciso, con severo rigor voy á tratarte, que la fortuna velcidosa quiso que tú mismo llegáras á juzgarte. Ya que fuiste tan claro y tan conciso, ¡Colonna! te diré que voy á ahorcarte, pues con maña infernal, traidor é impío, has querido ultrajar el nombre mio.

COLONNA.

(Con tono insultante y ademan provocador.)
Traidor me llamas y en traidor manejo relatando una historia que es mentida, traidoramente pides mi consejo...

RILNZI. (Interrumpiéndole y con vehemencia.)

Mas sin traicion te quitaré la vida.

COLONNA. (Con orgullo.)

Pudiera suceder, si te la dejo;

pero tenemos tu ambicion medida,

y si en lucha sangrienta se abalanza, el primero caerás en la matanza.

RIENZI. (Le enseña la carta que Juana le ha entregado, que como ya se sabe, es la que Colonna le escribió á María, amenazándola con la caida y muerte de Rienzi.)
¡Ves esta carta de tu mano escrità,

cada infame renglon tu sangre clama!
(Mira la carta y disimula su impresion bajo un tono de

desprecio.) Tu ambicion mi cabeza necesita, y á una carta leal infame llama;

;hallas acaso una ofensa en una cita... (Con vehemencia.)

Es villano imponérsela á una dama,

diciéndola en lenguaje misterioso que de no obedecer pierde á su esposo.

(Al eseuchar las palabras de Rienzi cobra nueva esadía, pues supone que Rienzi ignora cuanto ha pasado entre María y él, y como la carta que le enseña no prueba na-

da, contesta á Rienzi con tono insultante.) (Nada sabe por fin.) (Alto.) Basta, Tribuno; esa carta fué mia, no lo niego;

pero no miro en tí derecho alguno

Coloxya.

BIL NZI.

Coloxya.

.....

sobre mi estirpe, y sólo como juego pude seguir tu diálogo importuno. ¿Te olvidas de quién soy, iluso y ciego?

(Con ironia y desprecio en los primeros versos, y despue-

con indiguacion.)

Eres, si no me falta la cabeza.

un ilustre baron de la nobleza: de esos que mira el pensamiento mio como un castigo de la humana raza, que debieran estar, no desvarío! encerrados con grillos y mordaza.

(Movimiento de Colenna, que ante las palabras de Rienzi, da un paso hácia él, poniendo mano al puño de la espada.)

No te asombres; que al ver el poderío que ostentais en la guerra 6 en la caza, pienso ver entre lanzas y bridones

cuadrillas de asesinos y ladrones.

(Con violencia v sacando à medias la espada.)

Deten la lengua, Rienzi, que aún mi espada puede cortar de un golpe tu destino!

(Interrumpiéndole y sin hacer caso de su furor, como si

relatára los crimenes de los barones.)
¡La castísima Virgen profanada,
robado el viajero en su camino,
sin honra el artesano en su morada,
vilmente asesinado el peregrino,
hechos son, que grabados en la historia,

cubrirán de baldon vuestra memoria!

(Ciego de ira, mientras oye las palabras de Rienzi, bueca frases con que herirle y le dice con encono.)

Pero en tanto, ese pueblo envilecido ha de sufrir nuestra ferrada planta.

Si neciamente piensa que ha dormido y en loco desvario se levanta, será para caer mudo y rendido, con un nuevo dogal en su garganta;

RIENZI.

Colonna.

Bienzi.

COLONNA.

que la suerte precisa del villano tiene que ser de siervo ó de tirano.

HIENZI. (Siente la herida que le causan estas palabras y responde con vehemencia.)

¡No! ¡Vive Dios! salvarle yo pretendo del yugo vergonzoso en que se halla, por eso á vuestros planes no me vendo.

quiero ganar yo solo la batalla.

COLONNA. (Gozándose en sus palabras.)

Tu cabeza sangrienta ya estoy viendo digno trofeo de la ruin canalla!

RIENZI. (Con arrebatador entusiasmo y cual si contestase à t

lonna.)

¡Con sangre por los mártires vertida se escriben las conquistas de la vida!

COLONYA. (En tono despreciativo.)

Entusiasmo furioso de heresiarca.

RIENT: (Con ademanes sublimes.)
¡Fulgor divino de la luz del cielo
donde el poder de Dios su huella marca.

¡Él levanta mi espíritu del suelo!

Colonna. (Con sarcasmo.)

Aprendiste esa cita del Petrarca?

RIENZI. (Con indignacion y desprecio.)
¡Corazon de chacal y alma de hielo!

¡Qué sabes tú de Dios ni de la vida si tienes la conciencia entumecida!

LOLONNA. (En tono de burla.)

Y la tuya dormida en ambiciones, la tuya cuyo fondo no coucibo, ¿puede acaso elevarse á las regiones donde reina la luz, villano altivo?

(Eutra en escona por la primera puerta de la derecha, a la que Rienzi da la espalda, oye las últimas dos palabras de Colonua y se adelanta en medio de los dos, contes

tando á éste.) Nunca fué Rienzi siervo de barones. COLONNA.

(A Maria, con tono protector.)

Como á loco le trato compasivo.

RIENZI

(Al escuchar la voz de María, se vuelve hácia ella tendiéndola sus brazos, que ella se apresura á estrechar. -Con entereza, dirigiéndose à Colonna y sin separarse de María.)

Cuanto dicen los sabios es locura, y al fin se torna en la razon segura.

COLONNA.

(Al ver à María en loa brazos de Rienzi, siente el aguijon de los celos, y con ademan de rencor y de odio se dirige á Rienzi.)

Traicion no más te guarda entre sus brazos; para lograr su verdadero nombre

vende su honor.

MARIA.

(Comprendiendo la intención de Colonna.)

:Jesús!

COLONNA.

(Enseñando à Rienzi la carta que Maria escribió en una de las anteriores escenas, y que como ya se sabe prueba su complicidad con Colonna. De leer Rienzi esta carta, María està perdida; ella lo cree asi y se enbre el rostro con la manos, horrorizada de la infamia de Colonna que, sabiende su inocencia, intenta deshonrarla.)

Mira sus lazos.

MIENZI.

MARÍA.

RIENZI.

(Con un movimiento espontáneo y rápido se apodera de la carta, y uniendo la accion á la palabra, la rompe sin leerla.)

Indigno me crevera de ser hombre, si no la desgarrara en mil pedazos.

(Levantando la cabeza y con un arranque de entusiasme, dirigiéndose á Colonna.)

¡Y aun dudarás que al mundo no le asombre! aprenda á conocer tu raza impía donde están la virtud y la hidalguia!

(Coge de la mano á María, la separa del lado de Colonna, y poniéndose enfrente de él, le dice con ademan altanero.) Y basta ya por Dios; con dura mano,

comprendereis mejor nuestras quimeras.

Vete de aquí, Colonna, y á tu hermano dile que al ser de dia mis banderas guiadas por el pueblo soberano, victoriosas por montes y laderas, llevarán al confin de las naciones mil cabezas sangrientas de barones.

COLONNA

(Viendo que al fin se decide Rienzi por la guerra, hace u movimiento de alegría, como si viera conseguidos sus megrandes deseos, y apostrofa à Rienzi con energia A la lucha, tirano maldecido. no desistas ;por Cristo! de esa guerra que lanzará tu nombre escarnecido hasta el último reino de la tierra. A la plebe convoca, lo has guerido; no pienses, no, que el corazon se aterra: que bastan á espantar la vil canalla nuestros bravos corceles de batalla: aún las almenas orlan los castillos (Crece su entonacion.) y en las torres se ven nuestros pendones; aún gimiendo resbalan los rastrillos: aún diadema tenemos los barones. Necesitais para romper los grillos cadáveres y ruinas á montones; que ese pueblo provoque á la nobleza v rodará su sangre v tu cabeza. (Se va)

RIENZI

Pudiera ser, tu raza es homicida!

MARIA

(Echándole los brazos al cuello)

¿Dudarás si la fe que te he jurado á ese infame traidor le fué vendida?

BIEN/

(Con pasion.)

(Esforzando la voz.)

¡Dudar de tí! ¿Del alma yo he dudado?

WARIA

(Con pasion el primer verso, y dirigióndose en el segundo hácia la puerta por donde salió Colonna.)

Pues á luchar hasta perder la vida. ¡Nobleza, la batalla ha comenzado! RIENZI.

(Con entusiasmo y en tono profético.) **
Y acaso en los anales de mi historia
se levante el fulgor de la victoria.
Aún castillos teneis; pero el cimiento
por el peso del tiempo socabado,
puede que se derrumbe en el momento
en que Rienzi se siente en el Senado.
¡Pueblo! libre serás, que el pensamiento
empieza á dominar sobre el pasado,
y en mil pedazos rotas tus cadenas
colgadas han de ser de las almenas.
(Se van juntos. Cac el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



EPILOGO.

Gran salon del palacio del Capitolio .- A la derecha del espectador dos puertas; la de primer término conduce á las habiteciones de los esposos Rienzi, la otra á la sala del trono. À la izquierda del espectador, en primer término, una ventana, y en segundo una gran puerta que comunica con otros salones inuediatos al vestíbulo ó entrada principal del palacio: en el fondo un gran balcon: este balcon ha de tener una balaustrada muy baja, que permita ver á los personaies del drama cuanto sucede en la plaza del Capitolio, se entiende sin salir de la escena: á los dos lados del balcon dos trofeos de armas (1) al alcance de la mano. En el de la derecha y sirviéndole de remate, el pendon azul, distintivo de Rienzi. Entre la última puerta de la derecha y el trofeo, una pequeña puerta secreta, cuya llave estará en una cajita sobre un mueble de la habitacion. Toda la parte del fondo, comprendida entre el balcon y los bastidores de la derecha, tiene que estar dispuesta para derrumbarse en la última escena, dejando descubierto el pasillo ó corredor á que da entrada la puerta secreta. Dicho pasillo ha de presentar en esta escena un monton de ruinas incendiadas, que sin embargo dé facil entrada al actor que por ellas ha de salir. A un lado v otro de la puerta de la izquierda, dos grandes lámparas ó candelabros de la época, los cuales han de estar encendidos durante todo el acto. Mesa y sitial á la

Entre los objetos del trofeo ha de haber una espada corta y un puñal, que se han de tomar despues.

izquierda. Á la mitad del acto empieza el amanecer. El balcon del fondo cerrado con vidrieras de color. La ventana entornada.—Han pasado serie años desde el acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

RIENZI solo, despues un CAPITAN.

RIENZI. (Sale por la puerta de la derecha, primer término)

De mí se aleja el sueño y en el alma un recelo sin forma me atormenta

con la terrible caima

que suele preceder á la tormenta. (Pausa) ¿Qué sucede? por qué mi pensamiento

recordando el ayer triste y sombrío se pierde en el vacio,

se pierde en ei vacio, v al pensar en mañana

lucha angustieso entre la sombra vana?

(Acercándose á la ventana y abriéndola.) Aún es de noche y en el sueño duerm?

la eterna Roma. (Separándose de la ventana.)

¡Oh Dios! el alma mia

ya de todo en el mundo desconfía!

(.APITAN. (Llamando á la puerta.)

Señor, señor.

RIENZI. Quién llama?
CAPITAN. Dais permiso?

Capitan. Dais permiso?

RIENZI, Entra: qué quieres?

Capitan. (Entrando, pero en el último término y aparte.)

(Oh!... no está en el lecho.)

(Alto.) Capitan de la guardia de palacio. de lo que ocurre preveniros debo.

RILNZI. (Sentándose y casi distraido.)

Pues qué pasa?

CAPITAN. (Acercándose.) Cumpliendo su mandato

ayer se publicaron loa impuestos, y en las calles y plazas se enclavaron ántes que el sol abandonase el cielo; el pueblo recibiólos murmurando.

RIENZI. Siempre lo mismo los recibe el pueblo.

Pero aquí no paró, cuando la ronda fué las calles de Roma recorriendo, desde algunas ventanas y callejas con palabras, insultos se la hicieron y halló sobre los bandos de las leyes pasquines licenciosos é indiscretos.

RIENZI. (Con desprecio.) Que pague las gabelas toda Roma

y que se vengue con pasquines luégo.

CAPITAN. (Ap.) (Tal vez en tu cabeza ha de vengarse.)

Rienzi. (Ap.) (Tai vez en tu cabeza na de vengaise.)

Capitan. (Alto.) Señor, que pasa el tiempo y aún no pude deciros lo que ocurre.

RIENZI. Prosigue tu relato.

No comprendo el cómo pudo hacerse; pero el caso es que los nobles juntos con el pueblo se apiñan en formada muchedumbre del hondo Tiber en el lado opuesto, segun un parte que leal soldado me acaba de traer hace un momento.

RIENZ!. (Levantándose.)
¿Qué dices? ¡Miserables!

CAPITAN.

Cierto es todo, que subí á la atalaya y desde lejos entre las vagas sombras de la noche por la aurora teñidas, logré verlo; á más de esto se miran en la plaza varios grupos que rompen el silencio con algun sordo y continuado muera ó con voces de abajo los impuestos; qué me mandais hacer?

Riengi Pero esa gente

ignora que el pontífice Inocencio, gobernador de la ciudad de Roma hace tres meses me nombró? No acierto cómo se atreven á arrostrar las iras de aquel que tiene á su favor el cielo.

CAPITAN. RIENZI.

Esa contribucion de las gabelas... Capitan, las gabelas son pretexto; la mano de Colonnas y de Orsinis á través del tumulto bien la veo. Si hace siete años los barones todos. segun mi voluntad hubieran muerto, vieras tranquila la ciudad de Roma y obediente á la ley todo mi pueblo. La plebe, acostumbrada al servilismo, no me quiso seguir, y aquel remedio, que aunque duro de raíz cortaba los males que sufrimos hace tiempo, hoy es inútil ya, pues la nobleza empieza á levantar su antiguo fuero. Tal vez os quieran infundir espanto.

CAPITAN. RIENZL

(Con vehemencia.)

¡No lo conseguirán, viven los cielos, que si una vez con infernales tramas por su mal y mi mal lo consiguieron, á los hombres que rigen las naciones la adversidad les sirve de maestro! El Capitolio es fuerte, y yo te juro que si de Roma salgo será muerto.

CAPITAN.

Y qué ordenais hacer?

RIENZI.

Dobla la guardia; que alcen los puentes, y si grita el pueblo. de los muros del alto Capitolio

baje la muerte á detener su aliento. Pero en tanto se salen con la suva

CAPITAN.

y no podrán cobrarse los impuestos.

RIENZI.

Si que se cobrarán, mañana mismo.

CAPITAN.

Pues os juro no acierto por qué medio.

RIENZI.

Obedece mis órdenes y calla.

CAPITAN.

Perdonadme, señor, mas lo que pienso es que fuera mejor salgais al punto Aún el sol no lució, y en breve tiempo, sin que el pueblo supiese vuestra fuga, pudiérais consultar con Inocencio.

RIENZI.

(Con acento pausado.)

Mentira me parece que te escucho, que es algo ruin y pobre tu consejo.

(Con vehemencia.)

Estás oyendo de mi propio labio que de salir de Roma seré muerto, y quieres que me escape como loco por un motin sin forma y pasajero.

(Con humildad.)

Soy de los vuestros y salvaros quise.

(Con desprecio y aparte.)

(Cumpli con mi deber, habrá uno ménos)

RIENAL (En tono de reproche.)

Siempre los mios mal me aconsejaron; con todo, Capitan, te lo agradezco:

retirate y cumple mi mandato.

CAPITAN.

CAPITAN.

(Ap. y antes de salir, junto á la puerta, interia Riena se acerca á la ventana,)

(Tu mandato, sí, sí; pasó aquel tiempo en que Roma al Tribuno obedecía; eres un pobre vanidoso y ciego, no ves que la sentencia de tu muerte la firma la nobleza con el pueblo! (Empieza á amanecer. Se va.)

ESCENA II.

RIENZI solo.

Este monólogo depende del actor.

RIENZI.

Siete años hace ya que el pensamiento soñó la libertad para mi patria.

¡Cuántas penas y cuánto sufrimiento! Errante v sin destino en las selvas inmensas del agreste Apenino. proscrito, excomulgado, en sombrío castillo encarcelado. apuré hasta las lieces la amargura. ¡Y aún necesita más la suerte dura! Oh! libertad, fantasma de la vida. astro de amor á la ambicion humana el hombre en su delirio te engalana. pero nunca te encuentra agradecida. Despierta alguna vez, siempre dormida cruzas la tierra, como sombra vana; se te busca en el hoy para el mañana. viene el mañana y se te ve perdida. Cámbiase el niño en el manceho fuerte y piensa que te ve ;triste quimera! Con la esperanza de llegar á verte ruedan los años sobre la ancha esfera y en el último trance de la muerte. aún nos dice tu voz, ¡espera, espera! " Sueño no más del alma apasionada fué que vo te buscase: esa plebe obcecada iamás alzará el vuelo á la region de la verdad eterna. Yo ambicioné elevarla y mi delirio puede que pague con atroz martirio.

ESCENA III.

RIENZI, JUANA.

JUANA. (Entra precipitadamente por la puerta de la derecha ses gundo término. Con acento breve y con agitacios.) Señor!...

Rienzi. ¿Qué ocurre?

JUANA

Desde el alto muro

donde observaba atenta v vigilante, del sol naciente al resplandor seguro. ví un ginete seguido de un infante; á mi vista, el rencor le presta rayos, v aunque lejano al grupo le veía entre las armas y flotantes ravos á Pedro de Colonna conocía. Avida le seguí con la mirada cruza los muros de la eterna Roma. á buen paso penetra en la calzada y en derechura al Capitolio toma; avanzando mi cuerpo entre la almena observé que bajaban el rastrillo v vió mi corazon con honda pena que el traidor penetraba en el castillo. Breves minutos pasan: mi deseo en el alto del muro me enclavaba. seguí mirando y con espanto veo que la guardia el palacio abandonaba.

RIESZI.

(Con espanto.)

Qué dices, Juana. ¡Oh Dios, traicion funesta!...

JUANA.

Todos, señor, en pós de ese villano en silencio marchaban por la cuesta; al verles renegué de que mi mano no pudiese coger una ballesta.

(Con vehemencia,)

De tenerla á mi alcance ;por mi suerte! que muchos conocieran á la muerte.

RIENZI.

(Consigo mismo.)

El Capitolio sólo, abandonado...

(Se dirige á Juana.)

¿Y el puente?

JUANA.

Presentando ancho camino.

RIENZI.

(Consigo mismo.)

Y el pueblo por los nobles sobornado! ¡Terrible se levanta mi destino! (A Juana.)

Juana, serás leai? (Con vehemencia.) Pide mi vida. JUANA.

No sé el plan del infame, pero creo BIENZI. que su intencion perversa y atrevida, esa intencion formada en un deseo,

va no puede saciarse en mi caida; mi sentencia de muerte la preveo, y aunque el alma valiente no se aterra, mi corazon al fin es de la tierra!

(Con tristeza.) JHANA.

¿Te horroriza merir?

(En tono de reproche.) Cállate, Juana; RIENZI. si de mi vida sólo dependiera, á cien muertes seguidas no temiera.

¡La eternidad se encuentra en el mañana! Yo no tiemblo por mí, pero María, ídolo de un amor grande y profundo, no me puede seguir en mi agonía, la tengo que dejar sola en el mundo.

Ella v mi hijo ...

(Con vehemencia.) Rienzi, en mí confia; JUANA. mi cariño sín nombre y sin segundo

te llevará dos mártires al cielo si no hallasen la paz sobre este suelo. Tu hijo en Aviñon vive seguro

ignorando esta vida desastrosa; nada temas por él, salva á tu esposa y cumpliré leal lo que te juro.

RIKNZL. (Con cariño á Juana.)

:Noble mujer!

El tiempo se apresura; JUANA. el palacio indefenso, el pueblo altivo,

hacen temer precisa desventura.

(Durante las últimas palabras de Juana, se ha dirigido à un trofeo, ciñéndose precipitadamente la espada.)

Y por eso á la lucha me apercibo.

RIENZI.

JUANA

(Con asombro.)

Y pretendes seguir en tu locura?

Aún es tiempo de huir.

RIENZI.

(Con indignacion,)

¡Yo fugitivo!

Calle tu lengua!

JHANA. BIENZI. (Con pena.) ¡Oh Dios! funesto alarde!

(Con altivez.)

Loco pudiera ser, mas no cobarde. Escúchame en silencio y no caviles en torcer mi intencion, que vano fuera; llama á los pajes y en mi nombre diles que cierren el porton de la barrera. (Dirigiéndose con el ademan hácia el balcon.) Si ellos tienen las armas de los viles. yo tengo la defensa de la fiera. Para llegar á profanar mi sólio (Dirigiéndose con el ademan hácia la puerta.)

en escombros verán el Capitolio.

Y qué intentas hacer, cuál es tu idea?

Que el pueblo no penetre en el palacio. que me dé tiempo, y pensaré despacio

cómo he de prepararme á la pelea.

Y María? JUANA.

RIENZI.

JUANA.

RIENZI.

JUANA.

JUANA.

BIENZI.

Despues; cumple el mandato y te diré los medios de salvarla. ¿De aqueste sitio lograrás sacarla?

Yo te juro que sí.

Bien. (Ap.) ([Insensato!)

(Se va por la izquierda.)

ESCENA IV.

RIENZI solo, despues JUANA.

RIENZI.

Hablaré al pueblo; sí, siempre me escucha. (Pausa.) Si no me oyera... entónces á la lucha. (Pausa.)

Mañana el santo Padre ha de mandarme lanzas y dinero: fué imprevision la mia publicar el impuesto en este dia! ¡Espíritu del alma, no me dejes! (Se acerca á la puerta por donde salió y mira al interior de la estancia.)

Tranquila duerme, si, pobre Maria.

(Entra apresurada y cierra la puerta por donde entro, que JUANA. es la de la izquierda.)

Tan pronto ya de vuelta, qué sucede? RIENZIL. (Con breve acento.) JEANA

> Que el palacio se encuentra abandonado. Que no hay un paje, y que tu pueblo puede

penetrar hasta aquí. (Con desesperacion.) ¡Ah, desgraciado! Del Capitolio en la inmediata plaza, JUANA. todos los miserables reunidos,

se agitan entre gritos de amenaza, como lobos por hambre enfurecidos.

(Desde esta escena hasta la conclusion del acto, no deja de oirse un murmullo sordo, como producido por gritos y voces lejanas. Este murmullo es débil ó fuerte, segun lo necesitan las situaciones de los personajes. El murmallo en esta escena es débil.)

Huye, Rienzi, aún es tiempo, y si no quieres, pronto, salva á María!

(Entre el temor y el amor propio.)

Por mi nombre, que es la mayor desgracia para el hombre luchar entre las débiles mujeres. ¡Que tiemblo juraría!

(Con mesura.) Vano fuera imaginar que el hombre no temblára ante un pueblo sin freno ni barrera. Azota el viento en el inmenso Sahara v tiembla huvendo la iudomable fiera.

BIENZI.

RUENZI.

JUANA.

(Se oye más vivo el rumor.)

BIENZI.

JUANA.

RIENZI.

JUANA.

Escuchas el rumor de la algazara?

(Haciendo un movimiento de horror.)

Lo escuché y con horror á pesar mio siento en mis venas circular el frio.

Juana. (Con insistencia.)

Abandona tu empresa, y de tu vida

cuídate nada más.

RIENZI. (Transicion desde el terror al heroismo.)

Calla, insensata; tras el fiero buracan que se desata aparece la tierra más florida. Luchando moriré. Sabes por suerte

el paso abierto sobre el ancho muro?

Sí, le conozco bien, y te aseguro que él tan sólo te salva de la muerte.

RIENZI. (Con resolucion.)

De aquí no lie de moverme; tú le sigues; sales por él de Roma presurosa

y en la quinta de Flavio te apercibes preparando la fuga de mi esposa. Flavio es amigo fiel, cuanto le nidas

te dará, y á Aviñon marcha al instante, y de Inocencio cuarto protegidas,

me podeis esperar muerto ó triuufante.

(Se dirigo á la caja, saca la llave de la puerta y la abre, dejándola en la cerradura.)

JUANA. Me seguirá? (Con tono desconfiado.)

Oue si, te lo he jurado:

en el momento que hable con María saldrá por la revuelta galería y en breve tiempo la tendrás al lado. (Llevando à Juana hácia la puerta.)

Pronto, precédela, que al pueblo escucito enfurecido.

(Primero alto y luégo aparte, ántes de salir por la puerta secreta.)

Adios y quiera el cielo que puedas ver cumplido tu desvelo. (Por ella volveré si tarda mucho.) (Se va entornando la puerta.)

ESCENA V.

RIENZI solo, despues MARÍA.

RIENZI. ¡Solo! ¡solo! ¡Dios mio, qué locura! (Pausa)

¡Bruto! ¡Caton! qué horror! ¡Oh, cielo santo!

ten compasion de mí! ;se me figura

que estoy vertiendo lágrimas de espan to! (Con traje blanco y como si acabase de despertar, entra MARIA.

por la puerta derecha, primer término, al ver á Rienzi,

con agitacion y vehemencia.) Oh Dios mio! al fin te ví.

RIENZE. (Abrazándola y procurando ocultar su emocion.)

Qué tienes?

MARIA. Terror profundo.

> Entre sueños te perdí v encuentro desierto el mundo

cuando le veo sin tí.

RIESZI (Con pasion.)

Serénate, vida mia.

Oh! qué terrible agonía, MARIA.

qué espantosa realidad! ¡Si mi sueño parecía imágen de la verdad!

Sobre el mar ruda tormenta (Relatando)

el huracan levantaba. triste noche se acercaba y aquella mar violenta contra una roca chocaba. En ella, inmóvil, aislado,

con un resplandor divino sobre tu frente grabado.

estabas tú abandonado

de los hombres v el destino.

En una tabla ligera v luchando con el mar. quise tu vida salvar y gritaba: ¡Rienzi, espera, que va no tardo en llegar! Un minuto se sucede: vacila tu noble rlanta que sostenerse no puede. la roca hundiéndose cede. v el mar sus olas levanta. :Espera, te salvaré, en mi frenesí gritaba; con rudo esfuerzo llegué. pero va no te encontré porque el mar te arrebataba. (Abrazándola.) Delirios del pensamiento. Acaso mi corazon pudo turbarse un momento. pero á tan viva ilusion la llamo presentimiento. Entre el cierzo que gemía vibró una voz que decía: «¡Rienzi, sucumbe al destino, »que está muy lejano el dia y muy oscuro el camino! »¡Sé mártir, la eternidad »en pós de la muerte espera. v en los siglos de otra edad »verás como fué quimera »en el hoy, la libertad!» Aquesto escuché y creí que la mar embravecida, era la plebe homicida y al Capitolio le ví en aquella roca hundida!

(Durante estos últimos versos el rumor se deja oir con mas

KIENZI. Maria.

claridad. Una voz fuera, algo lejana.) Voz. (Dentro.) Muera el Tribuno, muera MAINA. (Con horror.) ¡Cielo santo! ¿No escuchaste esa voz? iyo desvario; era cierto mi sueño, sí, Dios mio! Sálvate por favor. (Procurando serenarla.) Calma tu llanto; SIENZI. las gabelas, impuesto que es forzoso. á pagarlas el pueblo se resiste, y el grito de algun pobre revoltoso es el vago rumor que fuera oiste. (Con vehemencia.) MARIA. No, Rienzi, sálvate, que el alma mia no puede equivocarse. ¡Te engañara RIENZI siendo cierto el peligro! No, María. Pues retira el impuesto. MARIA. RIENZI. ¿Qué probára con esa accion? temor y no le tengo. (Reparando que Rienzi está armado.) MARIA. Y armado estás, joh Dios! tiembla mi mano. (Procurando disimular su turbacion.) BIENZE Para arengar al pueblo me prevengo MARIA. (Con vehemencia.) Y aún me quieres decir que tenga calma RIENZI (Con vehemencia y energía.) Basta, por Dios; tu mujeril flaqueza puede entibiar mi fe. ¡Muera el tirano! Voz (Dentro, lejos.) Dejarás el palacio con presteza RIENZI. y á Juana seguirás. MARIA (Con exaltacion marcadísima.) ¡Dios soberano! ¡dejarte yo, ¡jamás! muerta primero! Ningun poder habrá, no, no, ningun o que de tí me separe; el mundo entero nada pudiera hacer...

(Dentro, pero lejos.) ¡Muera el Tribuno!

UNA VOZ.

MARIA. Contigo he de morir ó he de salvarte. A ese pueblo furioso no le temo: si lleva sus locuras al extremo que venga de mis brazos á arrancarte. RIESZI (Desprendiéndose de los brazos de María.) Ese pueblo se rinde con mi acento: si te miro á mi lado nada digo, porque tiembla mi amante pensamiento cuando te siento caminar conmigo. Huye de aquí, por Dios, sólo un momento. y si el hado se torna mi enemigo, te juro que al brillar el nuevo dia sólo tuyo he de ser, esposa mia. Tu corazon luchó noble v valiente, MARIA. ¿qué más puedes querer! sígueme. Voz (Dentro.) :Muera! MAUIA. ¿No escuchaste el delirio de esa gente? abandona, por Dios, tanta quimera, conmigo sálvate. RIENZI. Más tarde; ahora cumple mi voluntad y en mí confia. ¿Te olvidaste del hijo que te adora? ¡En nombre de su amor, huye, María! MARIA. (Convencida por las instancias de Rienzi, se decide á huir pero no sin demostrar una gran violencia en esta resolucion.) Dejarte vo! (Llevándola á la puerta casi á la fuerza.) RIENZI. Por Dios, que el tiempo pasa. (Ya en el dintel de la puerta y echando los brazos á su MARIA. cuello.)

¿Me seguirás, lo juras? (Procurando dominar su pena) Sí, bien mio; RIENZI. Juana te espera. (Ap.) (El alma se me abrasa: De contener mi pena desconfio.)

Adjos! MARIY. RIENZI.

(Con pasion.) ; Maria!

Maria.

(Ya en la galería.) ¡Adios! (Se va y cierra.)

BIRNZI.

(Que se queda delante de la puerta.) Tiemblo perderte y se estremece el corazon de espanto.

(Con vehemencia y terror.)

¡Qué terrible momento el de la muerte!

(Transicion del horror á la pena.)

¡Perdon! ¡Señor! ¡perdon! la quiero tanto!

UNA VOZ. (Dentro, lejana.)

crece.)

Viva Colonna, viva!

RIENZI

(Con desesperacion.) ¡Aciaga suerte!
Basta ya, corazon; recoge el llanto
y no borres jamás de la memoria
que me contempla el mundo de la historia.
(Se dirige hácia el balcon del fondo y entreabre una de las
vidrieras, poniéndose á mirar hácia la plaza y dando la espalda á la puerta secreta por don le salió Maria; el rumor

¡Qué imponente es la plebe reunida!

(María abre con precaucion la puerta secreta, sale a escena y se va por la puerta derecha del primer término, diciendo antes:)

MARIA.

Le esperaré hasta el último momento.

(Durante este breve tiempo Rienzi de espaldas no ha visto nada; pero se supone que oye algun ligero rumor hácia la puerta, porque se vuelve rápidamente, y viéndola á medie cerrar, se dirige hácia ella y como refiriéndose á María.

Burnet.

¡Si volviese otra vez! No, por mi vida; si escucho el eco de su amante acento de todo el alma por mi mal se olvida, (Hega á la puerta, la cierra, da dos vueltas á la llave y

se dirige hácia la ventana.)
que su amor le domina al pensamiento.

(Tira la llave por la ventana.)

Ahora á vencer ó á conquistar la palma.

(Toma su estandarte y abre el balcon del fondo. En tal momento, el rumor y los gritos del pueblo se oyen muy cercanos, pero siempre viniendo de abajo.)

Cállese el corazon y empiece el alma.

UNA VOZ.

¡Viva Colonna! abajo los tiranos!

BIENZI.

(Con el pendon en la mano y de la parte de afuera del balcon, intenta arengar al pueblo, pero no lo puedo conseguir, porque interrumpen sus palabras con gritos y con voces.)

:Pueblo ilustre!

VARIAS VOCES.

¡No! ¡no!

OTRAS.

Rienzi!

UNA VOZ. OTRA.

Á la hoguera!

OTRAS.

¡Viva Orsini! La hoguera!

BIENZI.

Los romanos

nunca fueron indignos...

VARIAS VOCES.

¡Muera! Mueral

OTRA.

BIENZI.

(A pocos pasos del balcon y convencido de que ens esfuerzos son inútiles para arengar al pueblo.) ¿Qué mal te hice, pueblo desgraciado!

¡Levantarte del polvo v la vileza! ¿Por qué me dejas solo, abandonado, v te vendes traídor á la nobleza!

(Dirigiéndose con los ademanes al pueblo.) Tu castigo le tienes preparado:

mientras goces cortando mi cabeza, te ceñirán tus olvidados yugos esa raza de tigres y verdugos. Te los mereces, sí; ¡vano delirio

enseñarle la luz al pobre ciego! ¡Ojalá que mi sangre y mi martirio puedan servirte de fecundo riego!

¡Ojalá que en los siglos venideros te arranguen de las sombras en que vives

y puedas conquistar los libres fueros que en el hoy ignorante, ni concibes.

(Avanza más al centro de la escena y cambis el tono de queja y amargura por uno profético y de entusiasmo, dirigiendo la vista al cielo.) Inmenso resplandor, lumbre brillante, reflejo de una luz santificada! ilibertad que soné, marcha triunfante mientras duermo en los reinos de la pada; Despierta en las regiones de la historia cuando domine la razon al hombre, y si no se ha perdido mi memoria que no se olviden de mi oscuro nombre. (Uniendo la accion á la palabra, toma el estandarte con ambas manos, rompe el asta, y haciendo con la tela una especie de tea, lo prende en una de las lámparas, dirigiéndose hácia la segunda puerta de la derecha del espectador.) ¡Emblema ilustre de mi fe perdida, cual escarnio de Roma no he de verte! sigue el destino de mi triste vida. y si acaso me brinda con la muerte, abrasando las gradas de mi sólio sálvate de la plebe y sus maldades.

na sola. Vuelve sin el estandarte.) ¡Ruinas del imponente Capitolio servidle de sepulcro en las edades! (Se va precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

(Sale por la puerta, y durante un instante queda la esce-

ESCENA VI.

MARÍA, despues JUANA, luego PEDRO COLONNA y purblo.

MARIA.

(Sale sobrecogida y horrorizada. Este monólogo depende en un todo de la actriz, que puede elevarlo hasta la sublimidad.)

¡Oh Dios mio! ¡qué horror, tiemblo de espanto! (Pausa breve.) El pueblo enfurecido no le escucha; ¡tengo mi corazon yerto de frio! ¡Alma que alientas en el pecho mio! apresta tu poder para la lucha!

(Pansa breve.)
¡Qué intentará! ¡no, no! voy á salvarte,
la fuerza de mi amor me dará aliento
¡yo sabré de sus manos arrancarte!

. (Da un paso hácia el fondo de la escena.) ¡Pero si ha huido!...

(Con horror y mirando á todos lados.)

¡Oh! yo estoy perdida.

(Transicion desde el horror al heroismo.) Toma, Señor, mi vida por su vida.

(Dirigiéndose rápidamente hácia la puerta, llama con gritos á Rienzi, pero al cruzar por delante del balcon se detiene horrorizada porque ha visto al pueblo cortando la cabeza á su esposo. Llamando.)

¡Rienzi! ¡Rienzi!... Jesús, que es lo que veo? ¡La cabeza de Rienzi ensangrentada! (Pausa breve y despues transicion de la pena á la ira. Di-

rigiéndose con el ademan al balcon.)

¡Maldito seas, pueblo fratricida, raza indigna, de Dios abandonada, cada gota de sangre de su vida con sangre tuya correrá mezclada!

(Queda anonadada por la desesperacion hasta que oye la voz de Colonna,) (Que viene por los salones de la izquierda, seguido del

pueblo, grita desde lejos.)

María, ven, mi corazon te espera

(Súbitamente se rehace de su desesperacion, é irguiéndose con sublime arranque, dice:)

Aún necesitas más, hambrienta fiera? pues recoge mi cuerpo inanimado.

(Uniendo la accion á la palabra se dirige á uno de los tregeos, toma un puñal y se lo hunde en el pecho. Al caer
se acuerda de su hijo, se arranca el puñal de la herida,
pero al arrancárselo, cae muerta.)

¡¡Alma! busca á tu amor,

(Se hiere) jhijo!... ya es tarde!

COLONNA.

MARIA.

(Cae próxima á la puerta secreta. En el mismo momento de caer, el incendio que durante esta última parte de la escena ha ido en aumento, hace que se derrumbe la parte comprendida entre el telon de fondo y los primeros bastidores, dejando descubierta la galeria secreta. Por ella aparece Juana llamando á María. Entra en escena, y al ver á María queda parada.)

JUANA.

¡María! ¡muerta! y Rienzi, (Mira al balcon), ¡asesinado! (Con acento sublime y poseida de la desesperacion, dirigiéndose al pueblo, cuyos gritos se unen al rumor del incendio, cada vez más vivo.)

¡Pueblo cruel! ¡Pantera libertada!

(Se dirige al cuerpo de María, se arrodilla y la eoge.)

¡Yo salvaré tu cuerpo idolatrado!

COLONNA.

(Ya inmediato á la escena, entra en ella al terminar las últimas palabras del siguiente verso.)

¡La muerte elegirás si no me amas!

JUANA.

(Al oir la voz de Colonna ha tomado el cuerpo de María es sus brazos. Al entrar Colonna en escena, le dice desde el misme dintel de la galería:)

¡Búscanes á las dos entre las llamas!

(Cae el telon á tiempo que un grupo del pueblo con antorchas entra detrás de Colonna. La actitud de los personajes es la siguiente: Juana con María en los brazos en el dintel de la pnerta de la galeria. Colonna en medio de la escena inmóvil y mirando espantado el grupo de Juana y María. Detrás de él varios hombres del pueblo con antorchas encendidas é inmóviles y espantados. Todo iluminado por el incendio, cada vez más grande durante esta última escena.)

FIN DEL DRAMA.

OMISIONES IMPORTANTES.

En el acto 1.°, escena 4.ª, página 13. Despues del verso:

«las canas que adornaban su cabeza!»

Debe incluirse el siguiente:

«Al casarme, su herencia me legaron;» El verso inmediato debe comenzar con d minúscula.

En el epílogo, escena 2.ª, pág. 62. Despues del verso:

«en sombrio castillo encarcelado,»

Deben incluirse los dos siquientes:

«escarnio de los nobles y del ingrato pueblo abandonado.»

NOTAS.

- 1. Si por circunstancias especiales de las empresas, como ha sucedido en Madrid, no pudiera disponerse la decoración del tercer acto con la mutación que se indica, el final del mismo puede sustituirse de la siguiente manera: la actriz Juana, debe entrar en escena por la puerta secreta, rompiéndola con un hacha, toda vez que la puerta estará practicable en la decoración, y no hay necesidad de derrumbamiento.
- 2.* Todos los versos que llevan un asterisco al márgen pueden suprimirse en la representación.



AUTORES.

ZARZUELAS.

2 c.	Als lladres	1 D. Benito Monfort 1 Vidal 1 Áugel Rubio 1 Isidoro Hernandez . 1 Sres. Macarro y Rubio . 1 Sres. Cuartero, Ferrer Hernandez	Música Música Música LyM
	La carta de Elena	1 D. Julian Castellanos 1 Sres. Fuentes, Alcon	. Libro.
	Maese Tallarines	Fernandez 1 Isidoro Hernandez	L. y M.
	Mesa revuelta	1 Sres. M. Pina y Aceves	
	Una conspiracion	1 D. Manuel Fernandez	
4	Compuesto y sin novia	3 M. Pina Dominguez.	L. y M.
	Entre el Alcalde y el Rey	3 Emilio Arrieta	. Música
3	La Marsellesa	3 M. Ramos Carrion	. Libro.
	Las nueve de la noche	3 J. Casares (Mitad.).	. Música

Nota. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en acto Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de pacio, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian y Un dia fatal; de tres actos, titulada: El collar de esmeraldas; las zarzuelas Arriba abajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Los pájaos del amor, Paz conyugal, en un acto; Dos Leones y María, en dos ctos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catáogo de D. JOSÉ MARÍA MOLES.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de La Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas; de D. Alfonso Durán, Carrera de San Jerónimo, de D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; de los Hijos de Fé, calle de Jacometrezo, 44, y de Murillo, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administración Libico-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Administración acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos

